

FEBRERO DE 1952

LOTERIA

Nº 129

ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA



DIRECTOR:
RICARDO A. LINCE

REDACTORA:
NELLY E. RICHARD

APARTADO 1961
PANAMA, R. DE P.

LOTERIA

ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

SUMARIO

	PAG.
REVELACIONES DE LA PSIQUIATRIA.....	2
Mary Renyon Ray.	
Editorial: EL CENTENARIO DE COLON	3
NOTABLE TRABAJO DE UN PANAMEÑO MERITORIO.....	4
Diógenes de la Rosa.	
DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLOGICOS	6
Ernesto J. Castillero R.	
LA BELLEZA FEMENINA.....	8
Simón Berard.	
LA MUERTE DEL ALMA.....	9
Emile Henriot.	
RETORNOS DE LA DULCE LIBERTAD.....	11
Rafael Alberti.	
ORGULLO -- (Cuento).....	12
Mario Augusto.	
PUEDE SU DIETA PREVENIR EL CANCER?.....	14
Ben Wickersham.	
LA POLLERA COLONIAL Y LA MODERNA.....	16
DE LIBROS -- HERNANDO DE LA CRUZ.....	19
Ariel H. Castro.	
EL CAMINO EQUIVOCADO -- (Cuento).....	20
Nacho Valdés.	
LA TRAGEDIA CONYUGAL DE GIDE.....	22
Jorge Zalamea.	
CONOZCA SU VERDADERO CARACTER.....	25
LUNA PLENA.....	26
Ernesto J. Nicolau.	
LA RAZON DE MI VIDA.....	29
Eva Perón.	
ESTA UD. ENAMORADO.....	31
Eduard Woodhead.	
HORA DE ESTRELLAS.....	32
Federico García Lorca.	



Nuestra Portada

El Centenario de Colón

Una vista de pájaro de la ciudad de Colón, embellece esta vez la portada de "LOTERIA" que rinde cumplido homenaje a la bella capital del atlántico al llegar este mes a sus cien primeros años de existencia.

Ubicada en el cruce de todas las rutas marítimas la ciudad puerto, puede afirmarse sin exageración, que acumula la experiencia de viejas y centenarias ciudades. La agitación de una vida intensa, el bullicio y esplendor que han presenciado sus habitantes, sus días de gloria, de tragedia, son el acervo valioso de su historia en la que se ha impuesto sobre todo el espíritu cívico de sus hijos y el batallador impulso de sus ciudadanos.

"LOTERIA" saluda en este número a la ciudad centenaria y hace fervientes votos por su prosperidad que es también la prosperidad y el progreso de la República.

Revelaciones de la Psiquiatria

Por MARY RENYON RAY

La fórmula del superhombre

Debemos retroceder hasta 1906, año en que un holandés, Funk, descubrió una substancia de nuestra química interna de cuya existencia nadie había sospechado. La gente privada de ella se siente cansada, indiferente, incapaz y hasta enferma y muere. No es fabricada, como las hormonas, por nuestros cuerpos, nos llega con los alimentos. Por consiguiente es más fácil que nos veamos privados de ella, y padezcamos así una enfermedad por esa falta. Falta de qué? De vitaminas.

Cómo se relacionan las vitaminas con los trastornos nerviosos y mentales y con el buen funcionamiento psíquico?

De la siguiente manera:

Una falta de vitaminas puede provocar estos estados de confusión mental indistinguibles de una verdadera psicopatía. La víctima del delirium tremens manifiesta síntomas de insania. La víctima de la pelagra, lo mismo. Ambas sufren de avitaminosis. (Falta de vitaminas).

La pelagra ataca a un millón de víctimas al año, únicamente en los Estados Unidos, buena parte de las cuales se transforman en psicópatas. Al principio es una enfermedad de la piel, tal como lo es la sífilis, la sífilis que puede llevar a la parálisis general progresiva. En la pelagra se comprueba una afección mental debida específicamente a la falta de una vitamina: el ácido nicotínico.

Un trastorno mental curado con vitaminas. Curado, literalmente, comiendo espinacas, como quien dice: Sería posible?

Empezaron a dar ácido nicotínico a los enfermos que tenían pelagra que presentaban todos los

síntomas de varias psicosis graves, y todos volvieron a su sano juicio.

Lo que le hacía más difícil sobrellevar estas victorias a la escuela psicológica, representados por los neuróticos, niños difíciles y personalidades raras, al que siempre habían considerado como de su indiscutible dominio. Donde van a parar los conflictos anímicos y el complejo de Edipo si se comprueba que los impulsos suicidas y la conducta anormal crónica se hallan asociados con ondas cerebrales anormales, y que los trastornos de la personalidad se deben a la falta de vitaminas?

El papel desempeñado por las vitaminas en nuestra salud mental puede resultar quizás enorme. Por lo pronto se han descubierto ya varias vitaminas y se sabe que la falta de una sola de ellas, la B1 (Tiamina), produce una disminución de la vitalidad hasta el punto de engendrar la desmoralización.

Entretanto en la actualidad se está desbrozando otro camino. Se les ocurrió alguna vez a ustedes pensar que un hombre pudiera enloquecer debido a una alergia a determinadas sustancias? Pues es posible. El sistema nervioso puede ser alérgico a ciertas sustancias y en vez de tener como consecuencia un ataque de fiebre de heno, asma, o una enfermedad de la piel, produce en cambio un trastorno mental. Los niños nerviosos, excitables e irritables pueden tal vez estar expresando simplemente la repugnancia de sus sistemas nerviosos a ciertas proteínas, y la eliminación de éstas de sus dietas trae aparejada un cambio radical en su actitud ante la vida.

Hasta que se ha comprobado que ciertos tipos de epilepsia se debían a una alergia a la leche, a los cereales o a los huevos. Este descubrimiento abre un vasto campo de investigación a la bioquímica y a sus aplicaciones en las dolencias nerviosas y mentales.



La felicidad deriva del deseo de ser útil, de mejorar el mundo de modo que pueda vivirse menos penosamente en él a causa de nuestros esfuerzos.

O. S. MARDEN

Nota Editorial

EL CENTENARIO DE COLON

El día 27 de los corrientes, llegó a sus cien años de existencia la ciudad de Colón. La República entera asiste complacida a este aniversario, que si bien no lo cumple la Capital Atlántica bajo los mejores augurios, sí la halla con una generación pujante y confiada en los destinos de la ciudad que fundara William Aspinwall en 1349.

Los actos programados para esta fecha forman la estructura física de la conmemoración, pues en el ánimo de todos los colonenses no habrá mayor celebración que la esperanza que guardan hacia un futuro que permita un bienestar permanente para su ciudad.

Colón ha vestido de gala y ha recibido en su seno, en el centro de la Isla de Manzanillo a las más destacadas personalidades panameñas. A ellas les ha tocado en alguna forma colaborar al adelanto de la magnífica metrópoli y Colón, generosidad personificada por sus hijos, agradece el homenaje sincero a sus hermanos de Patria.

Ahora, todos los colonenses deben meditar sobre el estado actual de su ciudad. La crisis, el abandono económico, la desesperación que agobia a los pueblos que ven estancados sus esfuerzos progresistas deben ser superados mediante una labor constructiva que, justo es reconocerlo aquí, ya se ha iniciado con tesón y denuedo por esta nueva generación colonense.

Mucho en el campo de la rehabilitación puede lograr Colón. La Zona Libre, magnífica empresa que brinda oportunidades y trabajo a sus habitantes. El comercio activo y el desenvolvimiento industrial de las zonas adyacentes a la metrópolis deben ser puntal de la estabilidad financiera de Colón. La ordenación política y social son fundamentos de una colectividad progresista. Colón también debe lograrla. Por ello, este nuevo siglo que inicia Colón oficialmente hoy, debe ser era de prosperidad a la cual debemos contribuir todos los panameños sin banderías ni mezquindades que no caben ante la Patria.

NOTABLE TRABAJO DE UN PANAMEÑO MERITORIO

Por **DIÓGENES DE LA ROSA**

En medio de la extenuación de la conciencia y el pensamiento porque atraviesa el país, tonifica el espíritu encontrar como inesperado regalo el fruto del esfuerzo intelectual de un panameño de pro. Esta grata experiencia nos la ha ofrecido la lectura de la monografía jurídica del doctor Manuel Ramón García Mora titulada "The Colombian-Peruvian Asylum Case and the Doctrine of Human Rights". Fue impresa primero en el número 7, volumen 37, correspondiente a noviembre de 1951, de la Virginia Law Review, publicación de la Universidad de Virginia, y reproducida en un sobretiro. El doctor García Mora se recibió como licenciado en Derecho el año de 1943 en nuestra universidad. Siguió a los Estados Unidos para completar sus estudios en la Universidad de Harvard y en la Escuela de Derecho de Yale. Actualmente es profesor auxiliar de Ciencias Políticas en la Universidad de Detroit. Colabora en diversas revistas científicas y jurídicas de los Estados Unidos.

La prolongada disputa diplomática originada por el asilo de Haya de la Torre en la embajada de Colombia en Lima cuenta ya con una prolija bibliografía. Abundante con anterioridad a los fallos de la Corte su caudal ha aumentado después. Entre lo que nos ha sido dable leer, la contribución del doctor García Mora nos parece de las más notables por su método de exposición, la penetración y densidad del análisis y la amplitud de sus conclusiones.

El título nos indica ya el sentido del trabajo. El doctor García

Mora estudia la controversia y el fallo, centrado el pensamiento en el problema señero que propone en nuestros días la afirmación de los derechos humanos. De esta posición se deriva una crítica objetiva y pormenorizada de las decisiones de la Corte Internacional de Justicia en cuanto considera que malogran la virtualidad y eficacia de los principios encaminados al reconocimiento de la dignidad de la persona humana, es decir, del hombre como un valor en sí mismo. No es extraño el doctor García Mora a las dificultades que surgen de la aplicación del derecho de asilo. Comienza por reconocer que, aparte del reconocimiento, no hay en derecho internacional un problema más controvertido y peor entendido. Y no obstante considera que la lectura de los fallos de la corte mundial deja la impresión de que ese tribunal "no rindió el respeto debido a una costumbre regional como fuente de derecho internacional en una materia en que están vitalmente envueltos los derechos y valores humanos".

Para fundar sus razonamientos hace una breve exposición histórica del derecho de asilo como concreción de dos principios fundamentales, moral el uno y, el otro, jurídico. En el aspecto moral, la práctica del asilo descansa sobre consideraciones humanitarias y consiste en la protección que un agente diplomático otorga a un ciudadano en contra del propio gobierno de éste. Esta faz del problema nos revela el hecho fundamental, aceptado por el consenso de la opinión, de que el asilo ha pasado de ser una práctica a un

derecho individual que se respeta como acto de humanidad.

En el examen de la vertiente legal del problema el doctor García Mora analiza la evolución de los diferentes criterios adoptados para hacer efectivos los fines humanitarios de la institución del asilo. La ficción legal de la extraterritorialidad, sobre la cual giró durante mucho tiempo la defensa y aplicación del asilo, ha caído en desuso y perdido validez en el estado actual del derecho internacional como teoría y como práctica. El asilo, reclamado como un derecho, iniciado como una práctica e inspirado en la realización de una misión humanitaria, debe reconocerse como una de las instituciones emanadas de la costumbre que el derecho internacional debe acatar y regular definitivamente. Sobre todo en los días presentes en que la persecución del hombre y la consiguiente denegación de los derechos humanos en su forma más elemental son ocurrencia cotidiana en muchas áreas de la comunidad mundial.

El doctor García Mora estima que frente a tal realidad el problema consiste en decidir si es perfectamente legal que un estado extranjero intervenga para proteger los derechos humanos contra las violaciones de la autoridad local. Y, desde este punto de vista, sostiene que la Corte ignoró las implicaciones sociales de la controversia para seguir el trillo familiar de los lugares comunes que carecen de importancia real en relación con el caso. Desde luego la institución del asilo ha dado origen a muchas contradicciones y discrepancias en su aplicación. Lo más espinoso de ésta surge a propósito de la calificación del delito. La controversia gira en torno al derecho del estado asilante de calificar unilateral y definitivamente la infracción. Para el doctor García Mora si no se reconoce este derecho la institución del asilo se derrumba por su base. Y en ello ve la consecuencia más grave de las decisiones de la Corte Internacional de Justicia. No dió esta respuesta clara a las cuestiones surgidas a todo lo ancho y lo largo del conflicto y parece haber pensado que la dificultad en resolverlas puede excusar el no haber proferido una decisión clara. Sus

fallos ofrecen una ilustración práctica a la tesis de que las solas ideas legales no son suficientes para resolver las controversias entre los Estados, particularmente cuando envuelven cuestiones fundamentales para los derechos humanos. La ausencia de un procedimiento preciso no puede ser razón para abstenerse de "aceptar y reconocer como legal la protección que, mediante el asilo, los estados extranjeros otorgan a los individuos confrontados con los alzamientos revolucionarios y los gobiernos dictatoriales. Mientras el derecho internacional no suministre remedios efectivos a que puedan recurrir los individuos en busca de protección adecuada a los derechos y valores humanos, el asilo llenará una laguna en el orden

legal internacional". Concluye su trabajo el doctor García Mora expresando su esperanza en que la Corte "encuentre una oportunidad de reconsiderar su criterio restaurando así la institución del asilo a la alta función moral para la que fue originariamente destinada".

Es claro que los escollos anteriores corren al margen de muchas cuestiones importantísimas expuestas por el autor del opúsculo. Una de las más interesantes se relaciona con el hecho, señalado por el doctor García Mora, de que los esfuerzos por codificar el derecho internacional cubren parte menor del anchuroso terreno de los principios generales que esperan todavía la aparición de reglas prácticas generalmente aceptadas para

hacerlos efectivos. He aquí, no sólo un tema para fecundas investigaciones y lucubraciones, sino una tarea práctica e importante para todos los hombres que crean en la posibilidad de un orden internacional basado en la justicia y el derecho.

El trabajo del doctor García Mora representa un esfuerzo intelectual muy distinguido y es una muestra de la capacidad de los panameños para hacer obra seria cuando los rodea el mínimo de condiciones que requiere la labor intelectual. Los panameños debemos sentirnos orgullosos de este coteráneo que va trabajándose con su propio esfuerzo merecida reputación en los círculos científicos del exterior.

PENSAMIENTOS

Se sigue creyendo en la democracia de los postulados de libertad consagrados en la Constitución, verbi gracia en las bondades del gobierno parlamentario, más que en la virtud de la obra de algún otro poder cuya acción silenciosa pero constante, cierta y eficaz, vale más para el orden jurídico—y con ello a la protección del ciudadano—que el verbalismo sonoro de los proyectos.

RAFAEL BIELSA
Argentino



En todos los aspectos de la vida humana hay una cantidad de seres que circunstancialmente, y como fenómeno natural y espontáneo, se elevan por unos instantes. En aquellos momentos se creyeron suficientes, es decir, superiores. Se estancaron, y sin darse cuenta allí mismo empezó su descenso. No dieron a su intelecto la materia necesaria y permanente para su ascensión moral, y he aquí el por qué descendieron hacia la nada, que es donde uno llega cuando olvida la necesidad de superarse. Esto, que es más o menos perdonable en los que en este mundo han venido a hacer número, no se puede admitir en futuros artistas, hombres de ciencia e idealistas, de los cuales dependerá en parte el género humano.

J. C. RIBA

Anelista
9.170.117274

DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLOGICOS EN LA REPUBLICA DE PANAMA LAS ESTATUAS DE BARRILES

Por Ernesto J. Castillero R.

En mayo de 1947 la prensa panameña divulgó la sensacional noticia del descubrimiento efectuado casualmente por el agricultor Pedro Corella y su mujer, de fragmentos de piedras esculpidas, como de estatuas, cuya existencia había sido hasta entonces desconocida, en un campo que laboraban en la región del Volcán Barú de la Provincia de Chiriquí, en el sitio conocido con el nombre de BARRILES.

Unidos esos fragmentos, fueron

reconstruídas, en efecto, varias efigies humanas de dimensiones mayores a cualquiera escultura de piedra encontrada antes en el territorio de la República de Panamá, y de mérito artístico superior a toda otra talla conocida antes en esta sección de Centro América.

Las originales estatuas, unas cuantas de tamaño llamado "heroico" —una mide hasta seis pies de alto, sin el pedestal—, corresponden a un grupo muy variado de esculturas, de las cuales algu-

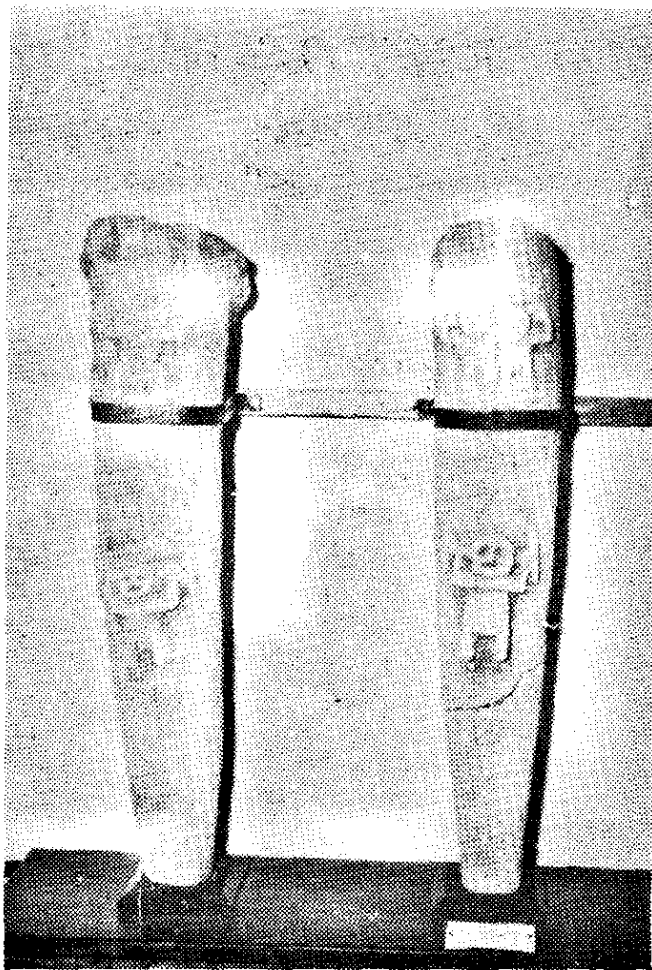
nas representan hombres conducidos a horcajadas por otros semejantes. Hay un torso de mujer y varios bustos masculinos, posiblemente partes de monolitos no completados aún.

Aunque las efigies son desnudas, llama la atención el que la mayoría tiene la cabeza tocada con un gorro cónico, y algunas ostentan en el pecho collares esculpidos en relieve, de los que cuelgan muñecos, en algunas hasta dos, y otros dijes.

El sitio donde este maravilloso y trascendental hallazgo fue hecho, tiene el nombre de BARRILES, denominación que se debe a la circunstancia de existir por años incontables en las proximidades de un riachuelo, varias piedras en forma de barriles, como los usados corrientemente para transportar vino. Esos barriles de roca, en número de cuatro, se encuentran hoy con los monumentos monolíticos en el Museo Nacional de Panamá, y les distingue la particularidad de tener esculpidas en relieve en una de las tapas, ciertas figuras simbólicas.

Apenas la prensa panameña reveló el descubrimiento de las esculturas, el Ministro de Educación con el Director del Museo Nacional se trasladaron por avión al lugar del sorprendente hallazgo. Como por leyes de la República la riqueza arqueológica es propiedad del Estado, el Ministro ordenó el transporte a la capital de todos los fragmentos de piedra y con el cuidado que el caso requería, obreros expertos reconstruyeron bajo la vigilancia del Director del Museo, y completaron hasta donde fue posible, aquellas magníficas obras escultóricas, rotas por una acción violenta misteriosa.

Las estatuas, como se ha dicho, son desnudas, y las proporciones



MONOLITOS labrados por los indios de Chiriquí, que son una revelación de su cultura y del adelanto artístico que llegaron a poseer antes de la era colombiana.

de
par
mie
tom
pro
art
ron
llas

C
dos
en
con
con
mer
ler"
de
com
lado
timo
cent
cent
hay.
Pan
sant
que
el a
hum
y de
aun
este
apro
cha
nera
des
nori
man
ha a
sign
das
evid
tame
dime
men
algú
pirit
del
noti
cultu
gran
de l
los
nam
el d
pren
mira
llado
que
nama
sus i
fracc
cinco
menc
con l

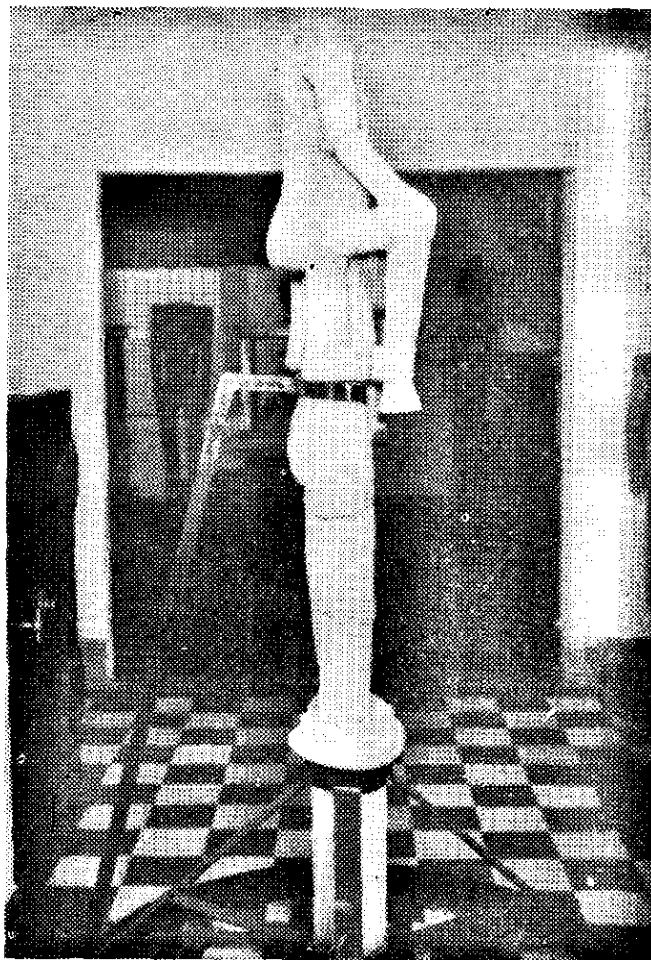
Se
ras p

• L

de sus miembros demuestran de parte de los artífices un conocimiento bastante acertado de la anatomía humana, lo que es una comprobación del indiscutible avance artístico de los indios que poblaron el Istmo de Panamá en aquellas remotas edades.

Con los monumentos fragmentados que dispersos fueron hallados en el sitio de BARRILES, se encontraron otras tallas de piedra, como metates —llamados genéricamente en Panamá “piedras de moler”—, bellamente cinceladas. Una de esas piedras, que es una mesa comba de granito y contorno ovalado, mide dos metros y veinte centímetros de largo por cuarenta centímetros de ancho en su parte central. Es la más grande que se haya descubierto en las guacas de Panamá y también la más interesante por el originalísimo adorno que en su borde exterior le grabó el artista, compuesto de cabecitas humanas, en número de cuarenta y dos, todas iguales en el aspecto, aunque no en el tamaño, porque éste se reduce conforme la orla se aproxima a los extremos. La plancha o mesa está sostenida a manera de patas por cuatro cariátides de indios en actitud de sostenerla en alto con la cabeza y las manos. Aunque en Panamá no se ha adoptado otro término para designar estas piezas que son llamadas siempre “piedras de moler”, es evidente que a esta a que nos estamos refiriendo, no pudo por sus dimensiones, ser utilizada para tal menester, sino posiblemente para algún culto u homenaje a los espíritus tutelares de los indios, rito del cual no queda, por desgracia, noticia alguna. Mas la hermosa escultura da una idea precisa de los grandes adelantos que en el arte de la talla en piedra adquirieron los artífices precolombinos de Panamá, así como de su habilidad en el dibujo y sentido estético sorprendentes; y es tanto más de admirar aquella delicada obra de tallado en el granito, cuanto se sabe que los indios, al menos en Panamá, no conocieron el acero y sus instrumentos de trabajo fueron fracciones de piedras en forma de cincel. Otras piezas menores, no menos bellas, se encontraron junto con la anterior.

Se cree que el grupo de esculturas pertenece a un vasto cemen-



ESTATUA DE BARRILES. Monumento de piedra que representa a un hombre a horcajadas sobre otro, labrado por los indios chiricanos en época muy anterior al descubrimiento de América. Existen hoy en el Museo Nacional de Panamá.

rio indígena, opinión confirmada con el hallazgo de muchos cacharros de cerámica, objetos que fue costumbre colocar en las sepulturas junto a los cuerpos de los difuntos. De estos, sin embargo, no se ha hallado residuos.

En el año de 1949 el Director del Museo Nacional sugirió a los arqueólogos de la Smithsonian Institution de Washington, doctores Matthew W. Sterling y Gordon Willey y la esposa del primero, señora Marion Sterling, competente colaboradora en sus estudios científicos, que hicieran una detenida exploración en el sitio de BARRILES, por parecerle el lugar de singular interés, pues los objetos descubiertos en 1947 difieren bastante de las ya conocidas y estudiadas obras de arte del mismo Chiriquí, de Veraguas y de Coclé.

En el verano del pasado año, durante dos meses los sabios nor-

teamericanos exploraron, mediante excavaciones adecuadas, el subsuelo de BARRILES hallando otras fracciones de esculturas que completaron algunas de las ya encontradas anteriormente y que se exhibían en el Museo Nacional, además de otras figuras de barro, utensilios domésticos, vasijas con asas laterales y unas pocas grandes tinajas que debieron ser urnas funerarias —aunque sin vestigios de cadáveres—, y también muchos tiestos monocromos con incisiones, que tienen la particularidad de que el color usado es el amarillo que con mucha rareza fue empleado en el arte indígena del nuevo mundo. Ambos hechos: las estatuas y la coloración, han singularizado el aspecto cultural de la tribu, autora de las interesantes obras de arte a que nos estamos refiriendo. Por eso se ha señalado al afortunado hallazgo con la denominación de **CULTURA DE BARRILES.**

En opinión de los científicos norteamericanos, el tesoro artístico y al estudio de los sabios. Vienen conforme las costumbres ancestrales sin dejarse influir por las variaciones que aconseja la vida moderna, excepto en el uso de la ropa, y esto sólo vestida por los individuos que a causa de las necesidades del comercio están en contacto con los centros civilizados. Consiste este comercio en la venta de las *chácaras* —mochila o bolsa de mano, de fibras pintadas de diversos colores—, las hamacas de corteza, los collares de cuentas de vidrio y de pepitas de plantas silvestres, y adornos de plumas de quetzal, guacamayas, loros y otras aves multicolores existentes en abundancia en sus selvas.

Tan llamativo y sorprendente ha sido este descubrimiento, que The National Geographic Society y The Smithsonian Institution de Washington, en colaboración, se proponen destacar a sus experimentados arqueólogos y etnólogos para hacer a espacio un estudio detenido de esta avanzada cultura, a la vez que de la desconocida tribu que fue su poseedora y que es suposición formó parte del gran pueblo Guaymí, del cual existen hoy fracciones importantes de descendientes en las regiones montañosas de las Provincias de Chiriquí, Veraguas y Bocas del Toro. Los Güaymies actuales, quienes conservan en sus salvajes hábitos, rezagos de sus antiquísimos y tradicionales cultos, resisten la penetración de la civilización, y el territorio donde subsisten es aún una arca cerrada

Los Güaymies, cuyas costumbres pintorescas y salvajes son desconocidas hasta el presente por el hombre civilizado, han constituido un objetivo de curiosidad para los científicos. En el curso del siglo XIX muchos de éstos trataron de penetrar en su seno para revelar al mundo el grado de adelanto de su cultura incipiente, y no pocos libros se han escrito y difundido, pero que aún no han dado a conocer el alcance de sus capacidades artísticas y el adelanto general que han adquirido por sí mismos.

Podemos citar, por ejemplo, como los más conocidos, los exploradores William H. Holmes, autor del libro "Ancient Art of the Pro-

vince of Chiriquí"; George Grant Mac Curdy, de "A Study of Chiriquí Antiquities"; Charles Toll Bidwell, de "The Isthmus of Panamá"; Wolfred Nelson, de "Five Years at Panamá"; Max Uhle, de "Cronología y relaciones de las Civilizaciones Panameñas"; A. R. Pinart, expositor de varios tratados sobre lingüística de los indios, etc., de los cuales sólo algunos trabajos del último y el estudio de Max Uhle, han sido vertidos al español; el de este autor por la "Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos" de Quito.

Se espera ansiosamente el resultado de las exploraciones realizadas en 1949 por los sabios norteamericanos y de sus anunciadas futuras investigaciones en BARRILES, las cuales tal vez sean el origen de una nueva obra científica sobre esta Cultura, como los muy bellos libros publicados por el Peabody Museum of Archaeology and Ethnology de la Universidad de Harvard, que llevan por título: "COCLE: Part I. An Archaeological Study of Central Panama"; "COCLE: Part II. Pottery of the Sitio Conte and Other Archaeological Sites" y "ARCHAEOLOGICAL OF SOUTHERN VERAGUAS, PANAMA", magníficas producciones las tres, enriquecidas con artísticos grabados, escritas por el Dr. Samuel K. Lothrop y otros científicos.

BELLEZA FEMENINA

Cuando se emprende un largo paseo en auto descubierto, la mujer deberá tener la elemental precaución de someter su rostro a una untura perfecta de crema grasa, con el fin de ampararlo de la influencia nociva del viento. Este detalle lo olvidan con frecuencia las jóvenes, que al bajar del vehículo hallan que la tez parece agrietada. Aunque no exista aparentemente viento, siempre la velocidad lo produce y sufre la epidermis. Hay quienes, siguiendo la estela de los cuidados, se cubren también con anteojos o llevan gorritas con viseras de mica.

No hay que confiar excesivamente en que los tratamientos susceptibles de realizarse después de las vacaciones eliminarán por completo las manchas oscuras y tan poco decorativas que dejan los rayos solares en la epidermis. Lo mejor es protegerla diariamente con cremas o lociones.

El contacto directo con los rayos del sol deben evitarlo todas las que ansien tener una limpia y bella carnación. Bajo la influencia del sol la piel se hace áspera y reseca y con frecuencia toma el color del tanino en pequeños círculos denominados manchas o pecas. El frío opera sobre la piel como astringente: produce una contracción de sangre en los vasos capilares sobreviniendo una disminución de volumen de sangre en las partes más lejanas de los centros del calor y de la vida.

En los días caniculares es frecuente que al salir del baño se cubra el cuerpo de granitos, que duran poco, pero son sumamente desagradables. Para que desaparezcan es suficiente lavarlos con agua en la que se vierten unas gotas de amoníaco.

Artística
717283

La última novela de Sartre

"LA MUERTE DEL ALMA"

Por

EMILE HENRRIOT



Es que Jean Paul Sartre ha derramado una gota de agua en su vino o es que ya estamos acostumbrados al brillo corrosivo de su vitriolo? Encuentro notable su última novela, "La Muerte del Alma", tercer volumen de sus "Caminos de la Libertad" que aún no han acabado. El interés de este libro es doble. Más que al ideólogo, Sartre deja en sus páginas curso libre al narrador, al pintor que en él son poderosos, de primer orden. El tema que escoge es el de la guerra, aquella guerra que a todos nos pertenece y no sólo al grupo de libertos que Sartre hace desfilar en sus obras precedentes alrededor de su portavoz habitual, el filósofo Nathieu Delarue. Ni tampoco al partido, que en el momento oportuno, vio en la guerra la coyuntura propicia para una revolución social y que luego de calificar a esa guerra de carnicería imperialista la ha justificado como medio inevitable de liberación nacional.

El cuadro, o mejor la crónica, escenificó su vigor descriptivo en los momentos del armisticio, en aquellos lóbregos días de junio de 1940, cuando, como Sartre lo apunta sagazmente, "se vio la guerra por vez primera desde septiembre de 1939". Pero las imágenes de la novela no tienen el mismo escenario a despecho de que el tiempo en que discurre la acción es precipitadamente breve. Por uno como "simultaneismo" —si el neologismo se permite— que lo lleva a presentar las reacciones y sentimientos de personas alejadas en el espacio, nos va asomando los efectos de aquel acontecimiento guerrero —la quiebra de Francia y de sus instituciones— en las más dispares latitudes del planeta. El novelista nos lleva a Nueva York, donde el americano Rischie considera el armisticio como un bien. La guerra, a juicio de este personaje, ha concluido sin dejar balance de ruinas. París, prudentemente rendido al invasor queda indemne con sus tesoros y sus placeres y pronto podrá volverse a sus boulevares a absorber las delicias de la

vida. En cambio en otro lugar, Atlántico por medio, el español Gómez goza, con la caída de Francia que en otro tiempo permaneció indiferente al calvario de la República destrozada por la invasión falangista. Un cuadro nos presenta la mujer de este exilado que anhela salir sola del desastre, llevando a su hijito por única compañía. En el desierto París del 15 de junio un innoble Daniel seduce a un joven hermoso que va a arrojarle al Sena y le sugiere un insólito remedio para las desventuras, hacerse grato a los alemanes, porque en la subversión universal que seguirá a la caída de Francia, todo va a ser lícito. Para rematar esta hampa sartiana, aparecen Marseille Boris y su hermana, la inefable Ivich que vive y se afea en su pobre lecho, ambos contemplando el porvenir. Ivich casada y deseando que su marido reviente, sueña también con juntarse a su hermano y a la amante que lo acompaña, una vieja Lola, pero Boris sabiendo que el drama guerrero de Francia no ha concluido, siente que el recóndito deber le señala la ruta de Londres donde esperan las tareas de la liberación que vendrá. Como contrapartida a este éxodo, sobre el cual nada nos enseña Sartre empeñado en sobreponer lo bello a lo verdadero, se alza el gran cuadro de los fugitivos y desertores que pueblan las rutas de aquel junio siniestro con su atropellada carrera. Por una de esas rutas avanza un grupo de soldados, poco marciales, poco guerreros, en medio de los cuales encontramos a Mathieu Delarue, el filósofo de la nada, el más interesante de todos

los personajes con que evoca Sartre la derrota, el más inteligente e instruido. Este filósofo vaga agregado a la ola de los que huyen a la deriva, pero entre éstos hay uno que le aborrece y le tiene por un aristócrata.

Realmente se encuentra a este Mathieu Delarue más simpático entre sus compañeros de desgracia que cuando sembraba absurdas palabras de desesperanza en Montparnasse antes de la guerra en el surco propicio de su habitual clientela de borrachos, pederastas y alienados o se esforzaba en probar su pubertad bailando con una vieja cantante o asestandose, gratuitamente, una cuchillada en plena mano. Entonces notaba que todo eso no pasaba del gesto, del puro gesto, de pequeñas destrucciones que a nada conducían porque nadie tomaba aquello "por la libertad". Es un hombre que desde su infancia no cesa de esperar alguna cosa y pretendiendo ver claro en la nada universal, al fin se persuade de que él no podrá alcanzar esa apremiante finalidad. Llega a convencerse de que no tiene habilidad para el juego humano y que siendo a la vez inocente y culpable, un accidente entre "las apariencias de los hombres", poco sirve tener un criterio. Se le hace responsable en todo aquello que él no quiere e intuye que no tiene otra razón de ser que en la fuga y en la cólera. Y a fuerza de comprender su desbloqueo", según su caprichoso lenguaje, todos los pobres mozos sin sesos que no quieren batirse pero que nada hacen tampoco para impedir la guerra y que enuncian en sus agravios todas las blasfemias idiotas de la ignorancia, la indiferencia y el derrotismo, este Mathieu terminará por devolverse gritando: "ustedes me disgustan". Pero luego reflexionando se plantea: "y quién me ha dado el derecho de ser tan severo?" A uno de los hombres que le preguntan, y por qué sigues aquí, él responde con una frase que suministra la clave del libro. Si da lo mismo. He simpli-

ficado y hasta esquematizado para el partido de Mathieu tiene un sentido. Alguna vez él escogerá juiciosamente.

Y va a escoger eficazmente. La llegada de los alemanes se anuncia ya. Un grupo de cazadores encargados de retardar el avance enemigo asume la organización de la defensa. Uno de los camaradas de Mathieu se arrebató, queriendo descender de su Friglin. Y Mathieu Delarue le acompaña y para no dejarlo ir a hacerse matar solo, toma un fusil con el cual, desde el campanario de la iglesia, disparará sobre el enemigo. Tira efectivamente y mata a un hombre. Esta hazaña lo exalta. Sabe que sus instantes están contados y que el turno de morir acerca sus pasos presurosos. Pero él escoge el camino que lo llevará a liberarse súbitamente de sus tormentos, de sus dudas, de sus desesperaciones. Sigue tirando y mata. Alguna cosa digna ha llegado por fin. Por primera vez en su vida se siente libre Mathieu. "Libre como el aire, el mundo saltará conmigo. Y tiro porque soy puro, libre y poderoso". Alrededor de su figura vengadora y alucinada, la tierra se esfuma a los ojos que inyectó la rabia inesperada, "suntuosa e imperceptiblemente". Y Mathieu que ha preferido morir haciendo alguna cosa, cuando nada tiene ya por hacer, sabe que "morirá por nada". Pero se dice, he decidido que la muerte es el sentido secreto de mi vida, que he venido para morir. Muero para testimoniar que es imposible. Mis ojos han tomado al mundo y lo cierran para siempre. Es la muerte de un existencialista. Eso al menos se supone. Porque en el campanario almenado donde Mathieu encuentra la muerte, no es cierto que maten a Mathieu. El autor no lo apunta expresamente. Artificio o coquetería de novelista que quiere significar que en la vida no se sabe lo que pasa. Estas preguntas quedarían aclaradas en el próximo volumen del Camino de la Libertad, cuando Sartre lo entregue a las prensas de la publicidad.

Esos caminos no se han dibujado aún. Podría apreciarse que Sartre, a través de dos personajes ha buscado los caminos de la libertad. Con Mathieu Delarue y, al fin del volumen con un joven prisionero abatido por los alemanes cuando

trataba de evadirse. Sartre habla de una libertad que uno y otro hubieran encontrado a la postre. "Yo soy libre", exclamó cuando Mathieu disparaba desde su torre y nos preguntamos, será libre porque ha escogido su senda o porque ya tiene la certidumbre de que va a morir? Respecto a Mathieu estas preguntas no tienen su adecuada y clara respuesta. Pero en cuanto al prisionero, el otro símbolo de libertad, al evadirse esfuma las dudas. "El cuerpo está allí, a veinte pasos, es una cosa libre. Yo me habría hecho mi pequeño agujero". El comentario es de Sartre. Y en la página precedente, había ya escrito que la muerte está libertada. Después de Sócrates este es el filósofo. Pero eso no es todo lo que un pensador como Sartre tiene que decir y esclarecer en torno a la libertad. Es perenne el otro volumen para conocer por entero su teoría sobre la libertad.

La segunda parte de La Muerte del Alma parece preparar grandes direcciones. Se ve a un grupo de prisioneros vagando inciertamente, persuadidos apenas que la guerra ha terminado, que los indulgentes alemanes, al privarlos de sus armas, les enviarán de nuevo a sus casas. La interminable multitud ha conocido por varios días esta ilusión. Ella cae cuando el libro va a agitarse en unas crudas escenas, llenas de melancolía y decepción por las que asoma la figura de los trenes de prisioneros que van no al hogar de Francia sino hacia Alemania. Es entonces cuando el joven evadido se hace matar. Esta parte de la obra tiene menos movilidad que la primera pero analiza mejor los sentimientos de la masa amorfa. Se advierte a dónde quiere ir Sartre, en estas páginas, su querella con los fatalistas, los tibios y los bien pensados con ocasión del estado de ánimo de nuestros prisioneros en los primeros días de su cautiverio. Pero no prejuzguemos sobre su libro futuro. Dos figuras interesantes aparecen en la segunda parte del que estamos comentando. El militante Brunnet, enérgico miembro del PC y un tal Scheneider, espíritu crítico, resueltamente anclado a su refugio, discutiendo y poco convencido en aquellas horas de junio de 1940 de las esperanzas que pudieran fundarse en Rusia. Brunet

asume la empresa de llevar la propaganda hasta todos sus compañeros. Con una imprenta y dos ayudantes, espera este gladiador de la revolución crear la organización de resistencia al espíritu del armisticio a la colaboración, a la sumisión que ya comienzan. El personaje está bien trazado y asimiló bien su lección. Sartre va a tropezarse de nuevo, o a hacernos tropezar, con los reproches que a este militante riguroso dirige el realista Schencider con propósitos que justifican el título de la obra. "Son ustedes los que han matado el alma colectiva al quitarle al pueblo las razones que tenía para batirse. La muerte del alma es justamente eso, suprimir todas las creencias y las razones de ser. El más impresionado con todo esto, es el propio Sartre que dice o deja decir a su personaje esos reproches. Pero también Sartre pone en boca de su militante comunista una exposición de los medios de dominación implacable y de creación de una potente mística en lo que él llama, friamente, el material humano. "Son necesarios el sufrimiento, el temor, el odio, la revuelta y la masacre. Es necesaria una disciplina de hierro. Cuando ellos nada tengan que perder, cuando su vida peor que la muerte...." La frase no concluye. Pero se intuye su conclusión: serán libres. El próximo volumen de los Caminos de Libertad debiera titularse La Última Oportunidad. Tengo gran impaciencia por saber qué tendrá, en los predios de la literatura, cuando Sartre haya terminado su serie de obras novelísticas. En todo caso este nombre pinta bien, si no la verdad de los otros, por lo menos la que alienta en su espíritu.

AL HOMBRE QUE TRABAJA EN UNA FABRICA

*Bronce para tus músculos restregados
contra el áspero hierro de las máquinas
en las jornadas de más de ocho horas
y en las largas semanas de diez días.*

*Bronce para tus ojos vacíos
que nunca leyeron pesados textos de Economía
y sin embargo intuyeron
el sindicato de las hormigas.*

*Bronce para tus tímpanos
donde restalló su agudo látigo
el pito de la fábrica.*

*Bronce para tus anchos hombros
que se gastaron entre los hierros viejos
de tu miseria.*

*Bronce para tu risa
que cuajó únicamente
los domingos de banda y mariposas en el parque.*

*Bronce para tu piel de bronce
que se oxidó frente al pesado
resoplar de las calderas.*

*Bronce para la arboladura de tu pecho
oscurecida por la soledad y el humo.
Bronce para tus manos
—obrero de todas las fábricas de la tierra—
para tus manos mordidos por las prensas,
encallecidas por el sobón de las palancas,
claveteadas por los ácidos,
y comidas prematuramente por los negros gusanos
que son los tornillos y las tuercas.*

*Bronce para la dura madeja de tus músculos
y para el árido muñón de tu esperanza.*

*Bronce para tu recia arquitectura
erguida inútilmente
entre los grises murallones de un taller.*

OTTO RAUL GONZALEZ.

ORGULLO

Sobre el vientre hinchado, se parte el viento en dos lengüetazos violentos. Es el viento furioso del Norte, que baja a bocanadas de los cerros lejanos y se desliza rápidamente por el llano abierto.

La mujer avanza lentamente. Para ella, el llano siempre ha sido largo, largo y ancho. Pero se ha venido haciendo aún más largo a medida que el vientre se le ha ido hinchando, mes tras mes, como arrastrándola a un final que ella no conoce, pero que presiente preñado de sabrosos florecimientos. Sin embargo, siente que las destacadas corrientes del viento, sueltas como gritos alargados por el llano ancho, le hacen pesadas las piernas y lento el caminar.

Recuerda que, cuando por primera vez la vio el médico, fue como un deslumbramiento. Aún trabajaba en la cocina de la familia García, en donde también tenía que lavar una buena cantidad de ropa, y tuvo que pedirle permiso a la patrona. Como la señora Lola había notado que los mareos retrasaban el trabajo de la mucha, la había dejado ir:

—Anda, pues, muchacha.... El doctor Vallarino seguramente te curará ligero y podrás atender mejor tu trabajo. Pero no te demores conversando por ahí como acostumbres...

—Ta bien señora...

El doctor Vallarino, siempre amable y cordial, la había atendido inmediatamente, sobre todo cuando supo que la mandaba la señora Lola.

Vamos a ver, muchacha, vamos a ver qué es lo que tienes... Te vamos a curar ligerito para que no se angustie más la señora Lola...

La muchacha se había sentido turbada entre las manos del joven médico, que le hundía los dedos en el vientre, le ponía el oído en la espalda y le recorría la piel desnuda con un largo aparato de caucho, que a ella se le parecía a una culebra de dos colas.

Un Cuento de MARIO AUGUSTO

(Especial para la Revista
"LOTERIA").



Algunas preguntas, un poco graves, un poco sonrientes, inquietaban a Juana. ¿Para qué querría el médico saber esas cosas?...

En tanto, él murmuraba:

—Fuerte, como un roble... Sana, como una fruta del campo... Todo perfectamente bien, a pesar de que eres casi una chiquilla todavía...

Y, de pronto, la revelación:

—Lo que te pasa es perfectamente natural... No tienes que asustarte... No estás enferma, ni mucho menos...

—Pero, ¿y entonces, doctor?.... ¿Y esos mareos y esas angustias que no me dejan trabajar, qué son?...., había preguntado ella, desorientada.

Y el joven médico había sonreído, poniéndole cariñosamente una mano en el hombro:

—¡Estás embarazada!...

Primero, el asombro, que le abrió los ojos, le nubló la vista, le agitó presurosamente el golpear del corazón en el pecho y le llenó el cerebro con un mareo más intenso que nunca.

Luego, la alegría. Una alegría dulce y suave, pura y sencilla, distinta de la que le florecía en el alma cuando asistía a los bailes del campo. Una alegría que le ponía un brillo nuevo en los ojos, le entreabría los labios con una sonrisa perfumada y le cosquilleó por todo el cuerpo, luminosamente.

Y, por último, el temor:

—¡Ay, doctor!... ¿Y qué dirá la señora Lola?...

—No tengas cuidado—, la animó el médico—. Yo le explicaré lo que te pasa y ya verás que todo va salir bien....

—¡No, doctor, por Dios!... ¡No le diga nada, por favor!... ¡Me lo matará!...

¡Trabajo le costó convencer al doctor Vallarino! Pero sus lágrimas, la sinceridad angustiosa de sus palabras trémulas, y su promesa de que ella misma se lo diría "todo" más tarde, lograron que el médico se comprometiera a guardarle el secreto.

Naturalmente, "todo" el secreto no pudo ser guardado durante mucho tiempo. Si bien es cierto que la parte que Juanita estimaba más importante permaneció escondida, la otra pronto fue imposible de ocultar. Desaparecieron, es verdad, los mareos y las angustias con las medicinas y el régimen que el médico le indicó. Pero pronto, también, comenzó a ser imposible esconder la hinchazón del vientre, la explosión anchurosa de las caderas, el desequilibrado caminar lento y cansado y la madurez rozagante de sus senos campesinos.

Y fue entonces cuando ocurrió lo que Juanita tanto venía temiendo: la señora Lola se empeñó, exigió saber la verdad, toda la verdad:

—¡Sinvergüenza!... ¡Hacerme eso a mí, que te he criado como a una hija!...

Juanita, sollozando ante la severa mirada, preñada de reproches de su patrona, hundía su rostro entre los brazos, temblorosa de miedo:—miedo más a sí misma que a la patrona; temor horrible de traicionarse y arrojar al ser querido entre la furia, que entonces sería desilusión desesperada y agotadora, de la otra madre.

Y proseguía el regaño inquisidor de doña Lola:

—¡Tienes que decirme quién es el bandido, desnaturalizado, que te ha hecho eso!... ¡Tú no tienes todavía diecisiete años y lo llevaremos al Juez para que se case contigo, o para que lo manden a Coiba! ¡El hombre tiene que ser responsable de sus actos y en estos casos, cuando se trata de un hijo, la madre tiene derecho a exigirlo todo!...

Pero Juanita no hablaba. Encestaba su negativa en un silencio sollozante, lleno de temblores y de lágrimas. Y, en medio de su furia

de matrona honesta y exigente, doña Lola se asombraba de la entereza con que la futura madre, casi una niña aún, defendía su secreto.

No podía comprender ella el por qué de ese silencio tremendo, detrás del cual le parecía adivinar un sublime sacrificio, una resignación maternalmente sagrada. Reflexionaba. Hacía varios años que Juanita estaba en su casa: desde cuando, huérfana de padre y madre, unos vecinos la habían traído al pueblo. Siempre había sido una sirvienta trabajadora y servicial, pero ella había tratado, también, de ofrecerle su protección maternal.

Doña Lola se sentía segura de que Juanita comprendía cuán rígidos eran sus principios morales y cómo era de severo su criterio en relación con la responsabilidad de los padres para con sus hijos y para con las madres de sus hijos. Por ello, no lograban descifrar el misterio escondido en el silencio de la muchacha. E insistía largamente:

—Tú sabes que yo te estimo mucho, Juanita. Dime quién es el bandido que ha hecho eso contigo. Ya hablaré con el Juez y con el abogado. Y, sea quién sea el sirvengüenza padre de la criatura, te juro que tendrá que casarse contigo y atenderte a tí y atender a tu hijo, como es su obligación.

Pero el noble afán de la matrona no logró romper el secreto de la joven madre. Y Juanita, imposibilitada casi totalmente para el trabajo, tuvo que dejar la casa de la señora Lola. Se volvió al campo, a refugiarse entre la pobre protección de unos parientes lejanos.

Sin embargo, venía de vez en cuando a la Unidad Sanitaria del pueblo, en donde el doctor Vallarino se había convertido en su amigo y protector. El médico sintió pronto verdadero cariño por la joven madre y comprendía y admiraba las razones que la hacían sacrificarse para guardar el secreto de la paternidad de su hijo. Por eso, le daba medicinas y alimentos y hasta le regalaba algún dinero, que Juanita, obligada por la necesidad, aceptaba entre protestas y rubores:

—E'h usté tan bueno, doctor...

Ahora, caminando lenta y pesa-

damente por el llano, mientras el viento del verano se parte en dos sobre la curva aguda de su vientre, Juanita piensa que ha llegado el momento. Desde por la mañana estuvo sintiendo los avisos que el doctor Vallarino le había anunciado. Y por ello, al comenzar la tarde, cuando estuvo segura de que esos eran los dolores, se decidió a llegar al pueblo para ponerse en manos del médico amigo.

Al entrar al pueblo, el viento la abandona para quedarse en el llano, jugando con las cometas de los muchachos. No se siente tan mal ahora, sino, simplemente, cada vez más pesada y ancha. Al pasar frente a la casa de la señora Lola, su curiosidad cree notar en el interior de la residencia las señales indicadoras de los preparativos de fiesta. Y entonces recuerda "que estamos a fines de Enero"...

Cuando llega al hospital, el doctor Vallarino la acomoda rápidamente en una cama, la examina cuidadosamente y le dice, con una sonrisa animadora:

—No tendrás problemas, muchacha.... Será esta noche, temprano... El chiquillo viene bien.... Tendrás un parto sencillo....

Y Juanita cierra los ojos, descansando sabrosamente en la cama blanca. Una enfermera, siguiendo seguramente órdenes del médico, anda siempre por allí cerca, con paso menudo, limpio, silencioso. En la seguridad de que se siente rodeada, se entrega dulcemente al pensamiento de que pronto vendrá su hijo, tan trabajosamente esperado, durante meses y meses. Lo cuidará mucho. Lo criará allá en el campo, cerca del monte sembrado y cerca del río ágil, fresco y torrentoso. Trabajaría para él, en el monte o en el pueblo. Y pronto sería alto y bello, como el papá.

¡El papá!... Estamos a fines de Enero y hay fiesta en la casa de la señora Lola.

Reflexiona, casi divagando en medio de una inquieta somnolencia. La noche se va acercando con pasos de seda oscura. La tarde va alejándose rápidamente a través de las ventanas. Siente un leve dolor en las caderas. Fines de Enero. El dolor se va haciendo más intenso y se va extendiendo, profundizándose, alargándose. Los jóvenes del pueblo deben haber re-

gresado de los colegios de la Capital...

—¡Señorita enfermera!... ¡Ay, señorita!... ¡Creo que ya viene!

¡Qué dolor, Dios mío!... ¡Parece que me desgarran las entrañas!... El estará ahora en la casa, rodeado de la alegría triunfal de la familia... ¡Mil cuchillos me rajan la carne!... Después, se irá al extranjero, y aprenderá más y más... ¡Doctor, este dolor me 'tá matando!... ¡Nunca lo sabrá la señora Lola!... ¡Dolor! ¡Dolor! ¡Dolor!... Ella que es tan rígida, tan severa... ¡Ay, madre mía, ampárame!... ¡Nunca, nunca lo sabrá!... ¡Dolor! ¡Dolor! ¡Dolor!... ¡Ni él tampoco!...

Un grito desgarrador, afilado como un machete, le corta los pensamientos. Se siente descender a un abismo sin fondo. Los dolores se alejan repentinamente, como un aletazo del viento veranero. Y un chillido infantil viene hasta ella desde el lugar—¡lejano, lejano!—en donde está la enfermera.

Sin abrir los ojos, pálida y desmadejada, Juanita sonríe dulcemente, y es como si su sonrisa se saliera por la ventana para azularse en el cielo nocturno.

Sueña que será bello, grande, hermoso, como su padre. Se le llenan los ojos con la visión de un muchacho joven, alegre, hablador, que le murmura palabras bonitas en el oído y en el corazón.

Y piensa en doña Lola, la personificación de la madre rígida, severa, exigente hasta los mayores extremos. Doña Lola, que ha sacrificado su vida entera para ver graduarse a su único hijo en el Instituto. Y que ahora está empuñando todos sus haberes, tan duramente mantenidos, para asegurarle a ese hijo una educación en el extranjero.

No. Doña Lola no sabrá nunca que ella, la pequeña Juanita, ha comprendido tan inmensamente el dolor y la alegría de ser madre, que le ha negado el nombre de su padre al pequeñín que ahora grita en manos de la enfermera, para que doña Lola, la otra madre, no sienta interrumpida su satisfacción de celebrar la fiesta de graduación de su único hijo con la noticia, que para ella sería angustiosa y desesperanzadora, de que ha nacido su primer nieto...

*Analítica
TITN. 117088*

¿Puede su dieta prevenir el Cáncer?

El cáncer tiene predilección por las personas gruesas. Mantenga la línea de su tallo y reduzca las probabilidades de morir de cáncer.

por Ben WICKERSHAM
y Robert MOSKIN

La voluminosa dama que detiene sus pasos ante una atractiva cafetería para llenar su estómago con una abundante merienda, después de hacer sus compras y el corpulento caballero que antes de ir a dormir acaba con todo lo que hay en el refrigerador, son los mejores ejemplares humanos para ganarse la apuesta de una terrible enfermedad.

Una creciente masa de evidencia médica responsable está demostrando que el cáncer prefiere a las personas gruesas. Hay un viejo dicho que asegura que "todos adoran a un hombre gordo", y los científicos añaden "y el cáncer especialmente los prefiere".

Se ha observado que los casos de cáncer se manifiestan frecuentemente entre las personas con exceso de peso y la proporción entre éstos es mucho mayor que entre las personas que logran mantenerse en su peso normal. Los investigadores que se afanan en descubrir el origen de esta enfermedad están de acuerdo en opinar que las probabilidades de contraer cáncer aminoran manteniendo un peso normal.

Ahora los investigadores médicos aconsejan otra medida en la que ponen mucho de sus esperanzas: Evite el cáncer haciendo su cuerpo menos receptivo a la enfermedad en la medida de lo posible.

Aquí la teoría médica nos suena

perfectamente lógica. El cáncer es la desenfrenada producción de células que brutalmente destruyen las células saludables y se apropian de su nutrición. Estas viciosas células cancerosas, actuando con un apetito desenfrenado, pronto abruma a las células normales y causan la muerte.

Se necesita algo más que ruegos y esperanzas

Pero todo esto es pan para mañana y nosotros deseamos conocer qué es lo que podemos hacer en la actualidad para detener el avance del cáncer.

Solamente existen tres medidas. Dos de ellas es detener la enfermedad en sus comienzos, descubriéndola en su inicio y la de apoyar las investigaciones médicas siguiendo todos sus consejos, pero la tercera posibilidad, la prevención del cáncer por medio de una alimentación apropiada, permanece casi irreconocible por el público americano. La renuncia de los científicos médicos para darle publicidad a estas noticias es perfectamente comprendido. Ellos están en el comienzo de esta nueva dirección de sus investigaciones y temen impartir falsas esperanzas y un optimismo en el que no se pueda confiar más tarde.

No existe ninguna evidencia que demuestre que el cáncer pueda curarse por medio de una dieta apropiada. No existe la seguridad de que una alimentación cuidadosa garantice el no desarrollo del cáncer. No hay razón para temer el contraer la enfermedad a menos que nos ajustemos a determinada dieta. Sólo por el hecho de que usted esté gordo no quiere decir que el cáncer lo atacará. Nada de eso. También es muy posible que res-

bale las escaleras y se rompa el cuello. Pero lo que sí es cierto es que si usted controla su peso tiene menos probabilidades de contraer cáncer. El control del peso puede prevenir el cáncer.

Prevención, y no tratamiento

El Dr. Albert Tannenbaum quien ha estado trabajando en este problema por más de una década, dice: "Todo parece indicar que por medio del control del peso a un minimum compatible con la buena salud, el cáncer puede ser prevenido en un considerable número de personas en las que podía desarrollarse, o por lo menos, el proceso del cáncer puede ser demorado".

A esta promesa, el Dr. Tannenbaum añade una advertencia: "Uno no puede enfatizar con demasiada fuerza que las conclusiones relativas al cáncer y el peso se refieren solamente a la prevención de la iniciación o inyección de los tumores y no para el tratamiento del cáncer una vez desarrollado. Se sabe positivamente que el cáncer sigue su curso a pesar de la diabetes o la pérdida de peso. Por lo tanto, el evitar el exceso de peso



LOTERIA •

Quelike
717N. 117289

DE LIBROS

HERNANDO DE LA CRUZ

Por ARIEL H. CASTRO

"De Don Fernando Ribera, caballero español nacido en Panamá la Antigua el año de 1591, espadachín tenorio y aventurero, se cuentan muchas leyendas". Así comienza la escritora nacional Teresa López de Vallarino uno de los capítulos de su obra (1) sobre el pintor panameño Fernando Ribera, quien por "su condición de espadachín y enamorado caballero... hirió mortalmente a un importante caballero quiteño" y tuvo que "buscar el amparo donde sus amigos los padres de la Compañía de Jesús". Al ingresar en esa Compañía tomó el nombre de Hermano Hernando de la Cruz.

El mérito principal de la autora, quien durante los últimos años ha representado a Panamá en el exterior, es que a través de su obra nos ha dado a conocer una figura panameña, muy simpática, la cual estaba olvidada, colocándola en el sitio que se merece, presentando ciertos aspectos de su vida, ya como hombre mundano, ya como escritor y poeta, ya como consejero espiritual, ya como pintor. Una magnífica labor ha realizado la autora: un trabajo que demostrará al mundo que un panameño "formó escuela" de pintura en Quito, en Quito colonial, reputado como el centro de la pintura colonial en aquella época; nos muestra a un panameño "primoroso en la pintura" y a quien "se deben todos los lienzos que adornan la iglesia, los tránsitos y aposentos de la Compañía de Jesús", en Quito.

El libro que comentamos contiene numerosos grabados que representan los trabajos que en pintura ejecutó Hernando de la Cruz.

Teresa López de Vallarino, conocida por sus numerosos escritos, emplea en su obra un lenguaje sencillo y expresa con toda claridad sus ideas. No se nota en ella la tendencia de "rebuscar" las palabras, ni es ampulosa en la construcción de las oraciones. Su obra

ha merecido el elogio de extranjeros y, sobre todo, de sus connacionales. Y es que a ella debemos el que podamos disfrutar de la lectura de un libro sobre un panameño casi desconocido el cual ella con su trabajo nos ha presentado. Nos presenta a un poeta cuyo poema dedicado a la santa quiteña, Mariana de Jesús, "está destinado también a encabezar, cronológicamente, las antologías poéticas de mi patria, Panamá"; a la vez nos presenta al pintor que es "una de las glorias de la Escuela Quiteña".

Sin embargo, la obra que comentamos es la de una aficionada. En esta autora se nota la tendencia nacionalista y el afán, muy natural por cierto, de reivindicar la figura del "ilustre panameño", logrando llenar su cometido, pero dejando muchas lagunas por llenar. No trata de localizar el día y el mes del nacimiento del Hermano Hernando de la Cruz; señala que él comenzó a pintar en Panamá; señala que llegó a Quito en 1622; pero no señala la fecha en que entró al Convento, hecho de primordial importancia porque ello cambia radicalmente su vida, y, por último, señala que murió el 6 de enero de 1644, es decir, a la edad de 55 años.

Cuando todos esperábamos que la autora concretaría su escrito a las obras de Hernando de la Cruz ya como "espadachín, tenorio y aventurero", ya como poeta y, principalmente, como pintor—porque allí reside toda su gloria—pone más énfasis en el papel que desempeñó el "ilustre panameño" en la vida de la "doncella quiteña llamada Mariana de Jesús Paredes y Flores"—quien el 9 de julio de 1950 fué canonizada en Roma por el Papa Pío XII—como guía espiritual de esta Santa.

Teresa López de Vallarino consultó 29 libros diferentes para escribir su obra, pero falló lamentablemente. Teniendo todas las fa-

cilidades—se encontraba en Chile como Secretaria de la Embajada de Panamá—para viajar a Quito y estudiar los documentos del Convento donde vivió Hernando de la Cruz, se conformó con escribir su obra basándose en lo que otros habían escrito. Demostrando un desconocimiento de la técnica de la investigación para esta clase de trabajos, en la obra que comentamos no se percibe por ningún lado que la autora a quien nos referimos aprovechara las diversas fuentes de "primera mano" que se le ofrecían para hacer un trabajo más completo. Bien pudo nuestra autora hacer un análisis más profundo de las obras de pintura ejecutadas por Hernando de la Cruz y presentar así un trabajo más documentado, así como también analizar con más detenimiento los escasos escritos que dejó Fernando Ribas. A través de esta obra no puede el lector enterarse de ninguna de las leyendas que "se cuentan" de De la Cruz: todo lo realizado por él en la obra que comentamos es natural y corriente en la vida de un hombre encerrado en el claustro que tiene fe y devoción.

Siendo la figura de Hernando de la Cruz tan romántica y salpicada de tantas aventuras pintorescas, Teresa López de Vallarino hubiera llenado mejor su cometido si hubiera sabido aprovechar la magnífica oportunidad que tuvo para haber escrito una biografía-novela, siguiendo las patas que señala el inglés Layton. De esa manera hubiera tenido también oportunidad de haber puesto en juego su imaginación para presentarnos a este "ilustre panameño" en todas sus múltiples e interesantes facetas, a la vez que hubiera podido presentar un panorama, si no detallado, por lo menos global, de la época donde se desenvolvió el Hermano Hernando de la Cruz, así como otros aspectos no menos importantes que se tienen en cuenta en una novela.

Sin embargo, la autora merece todo nuestro aprecio y reconocimiento por el interés, la devoción, el amor y el fervor patriótico con que escribió su obra sobre la vida y el arte de este "ilustre panameño".

(1) La Vida y el Arte del Ilustre Panameño. 95 páginas.

Quelstia
9170.117291

El Camino Equivocado

Por
NACHO VALDES

Porque era muy despierto y servicial, el Gobernador de la Provincia le tomó simpatía al rapazuelo.

Diez años apenas contaba Felipe; nunca había salido de aquel campito remoto, incrustado en el riñón de la cordillera andina que, al pasar por nuestra tierra, garganta de las Américas, como que se inclina para acercarse y mirar mejor nuestras llanuras, verse reflejada en las azules aguas de nuestros ríos, y escuchar la música de nuestras salvas y el trinar perenne de nuestras chorrenteras.

Frente al rancho donde vivía solo con su madre viuda, pasaba, sin embargo, el "camino real" que llevaba a otros caseríos y de éstos, a la capital de la Provincia. A aquéllos sí los conocía como la palma de sus manos en las incursiones con compañeros de juego o llevando a "cambalachear" los productos de los vecinos, para ganarse así en víveres o en dinero, algunos cuantos reales, suficientes para la sal, el querosín, la cuerda y los anzuelos y otras pequeñas urgencias de su vida simple, sin complicaciones y sin horizontes en que su madre y su paisaje eran todo para él.

Tres o cuatro veces el Gobernador se había detenido en la puerta del ranchito, para pedir un poco de agua que Felipe le traía solícito, o para preguntar por una dirección que lo sacara de aquellas

intrincadas veredas montañosas. Y, aquellas preguntas, generalmente se prolongaban en largas conversaciones en las que el espíritu ágil del mocoso dejaban admirado al jefe de la Provincia.

—Déjeme llevar al pueblo, señora Filomena,—le había dicho a la madre aquel día; *yo se lo pondré en la escuela, hará amistad con mis hijos, lo trataré como uno de ellos y, si veo esperanzas en él, quién quita que Dios me dé vida y me ayude y se lo pueda mandar a Panamá, al Colegio, donde lo harán un maestro, un bachiller, un abogado o médico o... quizás un diputado*—, terminó el buen Gobernador, con una entre burlona y prometedora.

prometedora esperanza.

La señora Filomena echó una mirada sobre el pequeñuelo que escuchaba con ojos brillantes por la ansiedad: vió en ellos decisión, esperanza, y no tuvo valor para negarse.

Aquel día, se abrió una nueva vida para Felipe Serrano. Del pueblo, cabecera de la Provincia, donde sus estudios primarios fueron de los más brillantes, pasó a la capital.

Entonces lo perdió de vista Filomena, quien, en los cinco años que estuvo en la casa del Gobernador, no dejó pasar un mes sin hacer el viaje para verlo y llevarle cualquier cariño.

Pero, entonces, se sintió con la obligación de ayudar a la educación del hijo querido y tan lejano. Se hizo cargo de "bateas", lavaba ropa de familia del pueblo, que llevaba en enormes tamugas sobre su cabeza por los escarpados caminos,

para regresar con la ropa limpia. Pero aquellas cargas le eran livianas, aquellos tropezones no le dolían en los pies descalzos porque esos viajes los hacía soñando en el hijo, con saco y corbata, el hijo médico, el hijo abogado, o, por qué no...? el hijo "diputado" que algún día volvería a ser Gobernador, a poner una clínica o un bufete, o hacer su campaña electoral en compañía de mucha "gente grande" de la capital...

Pero él, su Felipe, pasaría de largo por el pueblo bajo los arcos triunfales para llegar primero a su campito, a su ranchito, donde estaría ella, ya vieja, los cabellos blancos, las piernas temblorosas, la voz cascada pero que resucitara a los años idos cuando lo estrechara entre sus brazos; pero él sabría que cada arruga de su rostro, que un tiempo fue una pena de soledad, era canal para lágrimas de alegría.

El se lo había prometido tantas veces en sus cartas, que le leían en las casas adonde ella llevaba la ropa limpia y le ponían los billetes en los sobres con algunas líneas dictadas por ella, con voz entrecortada, la voz de su corazón lleno de dolor y de ternura.

Bien era cierto que en los últimos años aquellas cartas eran más y más distanciadas.

—*Está tan ocupado en sus estudios... y hasta estará necesitando más dinero*— decía ella, y al compás de su amor y su ternura, multiplicaba sus esfuerzos, se hacía cargo de más trabajo, y los sobres con dinero de ella eran más frecuentes hacia el hijo cuanto más escasas eran las letras de éste para ella.

Un solo temor, temor que la hacía estremecerse en su lecho, en sus largas noches solitarias, la perseguía: el morir un día sin volver a ver a su Felipe.

xxx

Los periódicos de la Capital llegaron, por fin, con el retrato de Felipe Serrano, Licenciado en Derecho. Lo recortó, lo colocó en un marco, y fue a hacer compañía a las humildes y sagradas litografías de los santos de su devoción; y muchas veces se sorprendió olvidándose de sus abogados celestiales, en la contemplación del retrato del hijo...

xxx

La noticia la tomó tan de improviso que se sintió como enferma: no tuvo valor para emprender el camino hacia el pueblo cuando supo que en él se encontraba Felipe, su Felipe, que había llegado en un aeroplano con una gran comitiva, a trabajar su candidatura para diputado.

Además: no le había él prometido cruzar de largo a través del pueblo para ir a verla, a abrazarla, antes que a todos?

Ella esperaba. Dos, tres, cuatro días pasaron. De día, hasta bien entradas las sombras, era una estatua hecha toda un solo latido de ansiedad, en el portal del rancho. De noche, no cerraba la puerta y su oído recogía hasta el más leve rumor, esperando el sonido de los cascos de su caballo.

xxx

Pero, un día...

Una polvareda lejana tuvo el efecto mágico de nublar sus ojos... Sí, allí venía... Cinco, seis, diez más venían con él...

Se arregló el escaso cabello, se alisó los pliegues del vestido humilde y limpiecito de fiesta... los segundos fueron pesados siglos...

Cuando pudo ver y oír, salida de aquel sueño, vio a un hombre que se adelantaba hacia su casa dejando a los compañeros en el camino real.

Había trasegado antes buena cantidad de una botella y gritado a los que quedaban:

—*Va la apuesta, ustedes no pueden conocer mejor que yo, que nací por aquí, estos caminos. Esta vieja nos servirá de juez...*

El caballo, sudoroso, piafante, se detuvo a tiempo milagrosa e instintivamente, ya dentro del portal, para no atropellar a Filomena, cu-

yos pies, vueltos de plomo, no la dejaron moverse para eludir el golpe de la inteligente bestia... y del jinete-bestializado.

—Oye abuela...

—Abuela, no, *m'hijito, abuela no! Tu madre, no me reconoces? Tu madre, Felipe!*

—Ah me conoces! Te han llegado los periódicos y las hojas sueltas hasta tu cuchitril... Es una apuesta, vieja, que tengo con aquellos tipos que creen conocer mejor que yo estos contornos. Dime, no es verdad que este camino de la izquierda es el que lleva a Los Guarumos, adonde me van a poner un "pindín" esta noche en mi honor, para recoger cédulas...?

—*Felipe, m'hijo... Bebiendo... Borracho...*

—Vieja, tú estás loca! Tú estás equivocada conmigo; has tomado mucho guarapo hervetón a chicha fuerte, verdad?

—*No, Felipe, el equivocado eres tú! Tú, por esa vereda, llevas un camino equivocado; vuelve, vuelve, hijo!*

—Ah, diablo! Si esta vieja está peor que nosotros, masculló y dio vuelta a su cabalgadura, uniéndose a los demás...

xxx

Las carcajadas y los gritos hacían rato que se habían esfumado en la selva cuando Filomena se acordó de secar sus lágrimas y de tratar de mover los pies, para ir a sentarse a un rincón.

La cabalgata tomó por la izquierda. Pero "Los Guarumos" quedaban a la derecha.

Por la izquierda quedaba El Membrillar, plaza fuerte del Candidato contrario que había envenenado con aguardiente y con discursos a los copartidarios contra Felipe Serrano.

De esta manera, cuando éste y sus acompañantes hicieron su entrada los dejaron bajarse, agarrar parejas, beber y divertirse y, al filo de la media noche, unos disparos que no se supo de dónde salieron, terminaron con la fiesta. También amanecieron muertos apuñaleados y macheteados.

La comitiva fúnebre salió al amanecer para el pueblo. Los agentes de policía llevaban amarrados, por delante, a algunos pendeñeros conocidos, sospechosos. Detrás iban unos campesinos llevando en "barbacoas" a los muertos. Frente al rancho de Filomena hicieron un alto en su cansada caminata.

—Un poco de agua, señora. Pidió el Jefe.

—*"Con mucho gusto, señor!",* respondió ella desde la penumbra y, cuando apareció, sus ojos de madre se detuvieron en un bulto cubierto con una manta ensangrentada.

—*"Felipe...?"* interrogó más con los ojos angustiados que con la garganta rebelde...

—Sí, señora, Don Felipe Serrano. El estaba invitado a una fiesta de sus copartidarios en Los Guarumos pero él tomó erradamente el camino de "El Membrillar" y... ya ve usted.

—*Hijo mío, mi Felipe—tembló el alarido contra las ramas de los árboles—yo te lo dije cuando, en lugar de bajar en tu casa y reconocer y abrazar a tu madre, seguiste tu rumbo... que ibas por el camino equivocado...*

Y el viento, entre las hojas, se volvió responso respetuoso, como un dúo a los sollozos de una madre...

(Del libro "Voz de Patria").

SUPERACION HUMANA

Una razón humanitaria, y de equilibrio social, es el hecho de que todo lo que sea factores y motivos de satisfacción, se vayan poniendo al alcance del mayor número de personas, en defecto de que no pueda ser completamente a disposición de todos lo que las deseen. Esa tendencia debería primar en todos los seres, ya que ella sustanciaría una etapa de evolución que muchos dicen sentir y pocos interpretan como conducta práctica. Resalta el egoísmo sin comprender que si tuvieran expansión libre todos los factores de entraña benefactora, el nivel de bienestar general rebasaría las más grandes comodidades que la sociedad presente consigna como privilegios personales.

SEVERINO CAMPOS

La Tragedia Conyugal de Gide

El Drama Mudo a Través del Diario Intimo

POR JORGE ZALAMEA

Pocas veces produjo la literatura universal un documento más desgarradoramente sincero que el centenar de hojas escritas por André Gide rememorando a su esposa y las aún más breves páginas de su "Diario Intimo" en que hace más directa referencia a las tinieblas y dolores de su vida conyugal. Hay quienes se duelen, confunden o indignan ante estas páginas que, aun en su materialidad de papel impreso, parecen temblar y quejarse en nuestras manos. Pero ni siquiera entre quienes las critican a nombre del pudor, sería fácil encontrar a nadie que les regatease, después de leerlas, un poco de respeto y un poco, también, de gratitud.

Toda la obra gideana: poesía, novela, teatro, ensayo es autobiográfica. Toda la longeva existencia de Gide estuvo dedicada deliberada y casi exclusivamente al conocimiento de sí mismo, a la exploración del ser, al descubrimiento de la verdad más íntima. Vida y obra fueron para él simple escenario de un interminable debate en que la conciencia exigía una justificación —o una compensación— moral para cada acto, para cada pensamiento. Exigencia que la inmensa mayoría de los hombres ni siquiera se formulan y que muy pocos son capaces de llenar. Exigencia particularmente difícil para Gide, si se tiene en cuenta que su propia naturaleza, al situarlo en terreno tan decisivo como el sexual "fuera de la línea", lo mantenía en perpetuo estado de problema. Agréguese a esto que su matrimonio iría agudizando hora por hora el conflicto entre el cuerpo y el alma, entre la realidad y el espíritu, entre los actos y la conciencia hasta llevarlo al más doloroso paroxismo.

Casi podría decirse que Gide adquiere conciencia del mundo y de sí mismo cuando descubre su amor por Magdalena. Su infancia había sido un tanto larvaria: más despierta a los sentidos que a la inteligencia. Pero cuando, a los doce años, comienza a amar a la chiquilla de catorce que lo acompañaba habitualmente eran parientes cercanos—, despunta en él ese "sentimiento profundo de armonía" que fue el motor inicial de su amor por Magdalena. Aunque, más tarde, pudieron ser sus diferencias las que lo alimentaron. Es ella, pues, quien le da la conciencia de existir, como en un más alto y puro acto de maternidad. Y por venir ese don de ella, Gide lo recibe con fervorosa alegría, con ímpetu vital radioso.

Pero ya los adolescentes están en contraste. A los catorce años, el alma excepcionalmente pura de Magdalena, "dulce y grave muchacha de virtud casi sobrenatural", según la descripción de Pierre-Quint, conoce ya el horrendo dolor del pecado ajeno, pues a sus ojos implacablemente amorosos no ha escapado la liviandad de su madre, que jamás perdonará. Desde entonces y "para siempre, fue como un niño asustado... En su rostro y en la línea extrañamente evasiva de sus cejas, se leía una especie de interrogación, de aprensión, de temerosa sorpresa en el umbral de la vida". A partir de aquel momento, para Gide no habrá empresa más alta que la de sumergir la tristeza de Magdalena en los raudales de alegría que ella misma había desatado en él.

Dentro de este espíritu y no obstante conocer ya las inclinaciones de su naturaleza y haber buscado el placer de los sentidos en otros frutos, André se casa con Mag-

dalena. Tienen, respectivamente, veintiséis y veintiocho años. Ella espera para él "una vida magnífica, austera, ejemplar"; él aspira a alcanzar con ella una especie de extraña santidad que habría de ser el ápice natural de ese "no sé qué de inmaterial, armonioso y radiante" que los unía.

El espíritu de Magdalena nos es familiar a través de los reflejos que Gide va trasladando a las heroínas de sus libros: Emmanuela, de "Los Cuadernos de André Walter"; Ellis, de "El Viaje de Uriano"; Angela, de "Paludes" y, sobre todo, Alissa, de "La Puerta Estrecha". Pureza, idealismo, religiosidad: todas las exaltaciones del espíritu, pero controladas con rigor con una conciencia herida prematuramente por el mal. Ni la caridad, ni la bondad, ni la gracia que la habitan, serán suficientes para temperar su severidad, su intolerancia ante los extravíos ajenos.

Los de su propio esposo no tardan en revelársele. Ya en su viaje de bodas, la exaltada e indiscreta familiaridad de André con los "ragazzi" del norte de Italia, los modelos romanos y los escolares algerinos, debió denunciarle dolorosa y brutalmente las causas de que el lecho esponsalicio no conociese otros transportes que los de la ternura más desencarnada. Por qué caminos de sombra y desconcierto no erraría esta alma purísima antes de llegar a la cabal comprensión de su propia tragedia, antes de consumir las heces de su cáliz, antes de aceptar la crucifixión sobre el leño del silencio!

Jamás hace un reproche a su esposo. Al menos un reproche directo, pro domo sua; pues si alguno insinúa es cuando puede servir para evitar a André un peligro o una contrariedad, jamás como reivin-

dica
libr
lenc
de
estr
con
ce i
de
aun
ga
toda
alin
ro.
la
esp
tan
cen
más
una
lo
serv
rido
pía
del
fisi
mar
nas
que
mei
las
pue
seri
te.
go.
haj
sol.
per
firi
suc
—n
yo
mu
mis
nad
pez
una
cas
óni
ta
poj
que
de
dis
noc

A
Ing
Sok
mir
dur
len
me
tre
con
y a
dal

dicación propia. Deja de leer los libros de su marido; se retira silenciosamente de su vida y por uno de esos tenebrosos misterios de la estrategia del alma, no se contenta con apartarse de él sino que parece imponerse la insoportable tarea de que André se aparte de ella, aunque para lograr su objeto tenga que despojarse, uno a uno, de todos los encantos con que pudiera alimentar el amor de su compañero. Así, va abandonando la música, la poesía, todos los ejercicios del espíritu que les llevarán unidos en tan altos vuelos durante su adolescencia, y entregándose cada vez más a las prácticas y rigores de una religiosidad que André —y ella lo sabía— consideraba como una servidumbre de la que hubiese querido liberarla. Más tarde, esta “impía mutilación” —la expresión es del propio Gide— llega hasta lo físico. André había adorado las manos de Magdalena, “las más finas, las más bellas y expresivas que pudieran verse”. Ahora era menester sacrificarlas, sometiendo a las tristes deformaciones impuestas por los trabajos más groseros. Subrepticia pero tercamente, lava la vajilla, enciende el fuego, remueve la tierra del jardín bajo las quemaduras del hielo o del sol, alimenta, acaricia y cura a los perros y gatos del vecindario, prefiriendo a los más abandonados, sucios y sarnosos. “La misma voz, —nos dice Gide—, su dulce voz que yo amaba como cosa alguna en el mundo, su cara voz ya no es la misma. El nimio accidente ocasionado el verano anterior por su torpeza o su imprudencia... provoca una especie de siseo muy ligero, casi imperceptible, que yo soy el único en notar...”. Esto no le basta todavía: en un meticuloso despoje, escoge los regalos de André que más amara, los más cargados de significación para ambos, y los distribuye entre gentes casi desconocidas.

A fines de 1918, Gide parte para Inglaterra con su amigo Marcos. Sobreviene entonces la escena culminante de esta muda tragedia que duraba ya veintitrés años: Magdalena quema las cartas que asiduamente le escribiera André durante tres décadas. He aquí las palabras con que, en noviembre de ese año y a su regreso de Inglaterra, Magdalena le anuncia el hecho atroz,

la mutilación postrera: “Cuando, después de tu partida, me encontré sola en el caserón que abandonabas, sin nadie en quien apoyarme, sin saber ya qué hacer ni cómo vivir... comencé por pensar que sólo morir me restaba. Si, realmente creí que mi corazón cesaba de latir, que me moría. Sufrí tanto... Quemé tus cartas para hacer algo. Antes de destruirlas, las releí todas, una a una... Eran lo más precioso que tenía yo en la vida”.

La reacción de Gide es conmovedora hasta las lágrimas. Al día siguiente, anota en su “Diario”: “Comprendía ella que de este modo suprimía la única arca en que, más tarde, podía esperar mi memoria encontrar un refugio? A esas cartas había confiado todo lo mejor de mí mismo: mi corazón, mi alegría y las mutaciones de mi humor, y la ocupación de mis días... Sufro como si hubiese matado a nuestro hijo”. Inexorablemente, esta última frase nos hace pensar en otro de los abismos de dolor que hubo de conocer Magdalena: el nacimiento de la hija de Gide, engendrada en otra mujer. No hay en todo esto una especie de terrible compensación? El amor desencarnado de André por Magdalena, negó a ésta la maternidad que hubiese podido ser un refugio y su solución. Sin que siquiera le cupiese el dudoso consuelo de pensar que no había mujer en el mundo capaz de mover los sentidos de su esposo. El hijo negado a la pura, a la etérea novia de treinta años, crecía fuera del hogar... La destrucción de las cartas de Gide —que formaban el hijo predilecto de su espíritu—, no es, en este mundo drama, una llameante réplica de la madre frustrada? Y en el propio dolor de André, no hallaremos un reflejo de los tormentos de Magdalena.

Veinte años más tarde, en febrero de 1939, después de una breve descripción de la escena en que los temblorosos labios de su esposa le dicen que sus cartas no existen ya, escribe Gide: “Lloré durante toda una semana; lloré de la mañana a la noche, sentado ante la chimenea de la sala en donde se concentraba nuestra vida común; y más todavía lloraba de noche, después de retirarme a mi alcoba, en donde siempre esperaba que entrase

a buscarme; lloraba sin cesar, sin tratar de decirle nada distinto a mis lágrimas, esperando siempre una palabra, un gesto suyo... pero continuaba ocupándose de los pequeños menesteres de la casa, como si nada ocurriese, pasando una y otra vez a mi lado, indiferente y pareciendo no verme. En vano esperaba yo que la constancia de mi pena, triunfara de esa aparente insensibilidad. Pero no; sin duda confiaba en que la desesperación en que me veía sumido me acercase de nuevo a Dios; pues no admitía otra solución. Creo que esto era lo que le impedía negarme el consuelo siquiera de su compasión, de su ternura. Las lágrimas vertidas por mí continuarían siendo irreales para ella mientras fuesen profanas; supongo que lo que de mí esperaba era un grito de arrepentimiento, de piedad. Y cuanto más lloraba yo, más extraños nos hacíamos el uno para el otro. Amargamente lo sentía así; de tal manera que muy pronto no fue ya sobre mis cartas destruidas que lloraba, sino sobre nosotros, sobre ella, sobre nuestro amor. Sentía que la había perdido. Todo en mí se derrumbaba: el pasado, el presente, nuestro porvenir. Desde entonces, ya nunca más recobré realmente el gusto por la vida; o, al menos, hasta mucho más tarde, hasta que comprendí que había recuperado su estimación; pero aun entonces, no me incorporé realmente a la ronda, y sólo viví ya con el sentimiento indefinible de agitarme entre apariencias —entre esas apariencias que llaman realidad”.

La línea dramática de la vida de Magdalena es muy nítida a nuestros ojos. Conociendo su carácter y sabiendo los hechos, no es difícil rastrearla por el escarpado sendero de su agonía. Menos discernible, pero acaso más doloroso o, al menos, más tenebroso es el que tiene que seguir Gide. Para entreverlo, es menester primero darse cabal cuenta de lo que fue Magdalena para él y tratar, luego, si es posible, de identificar la casi indefinible pero seguramente inefable materia en que tejó su amor por ella.

Sólo él podría decirnos lo que significó su eterna novia en su vida y en su obra. En la página inicial de “Et nunc manet in te”, nos

anticipa: "desde mi infancia adquirí la costumbre de llevarle la cosecha de mi jornada y de asociarla en pensamiento a mis tristezas o mis alegrías". Y más adelante: "sólo adquirí conciencia de ser y comencé verdaderamente a existir cuando me despertó mi amor por ella". A continuación, estas palabras reveladoras: "Por doquiera encuentro, gracias a Magdalena, un hilo de plata en la trenza de mis pensamientos. Pero en tanto que sólo claridad veía en los suyos, forzoso me era reconocer en mí mucha sombra; sólo lo mejor de mí mismo comulgaba con ella; hoy me parece que por grande que fuese el impulso de mi amor, sólo servía para dividir más profundamente aún mi naturaleza, y muy pronto hube de comprender —por niño que fuese todavía— que pretendiendo darme íntegramente a ella, el culto que le rendía no lograba suprimir todo el resto". En el contrapunto gideano, conviene anotar a continuación esta frase: "lo que junto a ella experimentaba era, sobre todo, un sentimiento profundo de armonía. Parecía como si una irradiación emanante de ella nos hiciese compartir dulcemente la paz interior que había alcanzado. Por su sola presencia, todo en Magdalena invitaba al otro a sentirse dichoso". Son anotaciones contradictorias, pero no insinceras. Cuando se tiene acceso a las almas, acceso franco, la contradicción de sus expresiones, lejos de revelar malicia, nos las descubre mejor en su diversidad. Poco después hallamos estas palabras que nos dejan largamente pensativos: "Creo que fue ella quien creó en mí la necesidad de ser sincero". Antígona anticipándose al sacrificio, haciéndose sierva del dolor con tal de que la verdad se salve. Y escribe luego: "Por diferente de mí que pudiese ser fue al haberla conocido lo que tan a menudo me hizo sentirme extranjero sobre la tierra, jugando al juego de la vida sin creer mucho en él por haber alcanzado a través de ella una menos tangible pero más auténtica realidad. Bien podía negar mi inteligencia esa realidad secreta; con ella, la sentía. Y cuando me faltó el puro sonido que daba aquella alma, me pareció que ya sólo oía en torno mío sonidos profanos, opacos, extintos, desesperados". En

su "Diario Intimo", con la aparente frialdad de las anotaciones propias al examen cotidiano de conciencia, se dice a sí mismo: "Su desaprobación me es intolerable; y no puedo pedirle que apruebe lo que, no obstante, siento que debo hacer". Seis años más tarde con mayor ardor, repite la misma nota: "Nunca deseé nada distinto a SU amor, a SU aprobación, a SU estimación. Y desde que me quitó todo ésto, he vivido en una especie de oprobio en el que el bien ha perdido su recompensa y el mal su fealdad y hasta su aguijón el dolor". Citemos, finalmente, esta frase del "Diario", fechada el 12 de diciembre de 1921: "No puedo imaginarme sin ella; me parece que, sin ella, jamás hubiese sido nada. Cada uno de mis pensamientos nació en función de ella. Para quién, que no fuese ella, hubiese sentido la urgente necesidad de explicarme?".

Respecto a lo que Magdalena significa en la obra literaria de Gide, basta apenas citar dos frases; muy breve la una, y lancinante: "Jamás hubo la menor explicación entre nosotros". Categórica e iluminadora la otra: "Hasta 'Los Monederos Falsos' —primer libro que escribí tratando de no tomarla en cuenta—, lo escribí todo para convencerla, para atraerla. Todo aquello no fue cosa distinta a una larga defensa; ninguna obra ha sido más íntimamente motivada que la mía..."

No aparece claro, a través de estas citas, que Magdalena fue la conciencia viva de Gide? Que ya no Dios, sino el propio ser indefenso y consciente del mal que lo habitaba, hizo de ella su ángel custodio, aun a sabiendas de que, adorándolo, tendría que traicionarlo y avergonzarlo por no contradecir su propia condición humana?

La esencia angelical de Magdalena se revela, además, a través de las frases —por única vez confusas en este maestro de la claridad y del estilo— con que Guide trata de expresar la naturaleza de su amor por ella. "Cuanto más etéreo, tanto más digno de ella sería mi amor". "Temo que ella no hubiese podido comprender que precisamente la fuerza espiritual de mi amor, era lo que inhibía todo deseo carnal. Pues bien pude probar, en otras circunstancias (se

refiere a la hija tenida fuera del hogar), que no era incapaz del vigor que procrea, pero a condición de que nada intelectual o sentimental se mezclase a él. Pero cómo hacer que ella admitiese ésto?". Cuando ya el sordo drama se ha desatado sobre ellos y cada uno puede sentir que todo ha terminado... "lentamente, de los escombros mismos de nuestro amor, una armonía nueva como sobrenatural o sobrehumana se, fraguó. No! no había dejado de amarla. Por la misma razón de que nada carnal se había mezclado nunca a mi devoción por ella, ésta no podía dejarse alterar por las degradaciones traídas por el tiempo; de modo tal que nunca amé más a Magdalena que cuando, envejecida, curvada, sufriendo de llagas varicosas en las piernas que me permitía curar, casi inválida, se abandonaba por fin a mis cuidados, dulce y tiernamente agradecida. De qué está hecho, pues, nuestro amor, —me preguntaba yo entonces—, si persiste a pesar del desmoronamiento de todos los elementos que lo componen? Qué es lo que se oculta a través de la traicionera apariencia y que vuelvo a encontrar y reconocer idéntico a través de las degradaciones? No sé qué de inmaterial armonioso y radiante, que es preciso llamar alma. Qué importa la palabra! Ella creía en la inmortalidad; y es a mí a quien sería dulce creer en ella, habiéndome abandonado Magdalena..."

Después de la horrenda crisis de la destrucción de las cartas, el amor de Gide se queja con acentos más humanos: "No sé qué es más atroz: si el dejar de ser amado, o el ver que el ser amado y todavía amante, deja de creer en nuestro amor. No he logrado amarla menos, y permanezco a su lado, sangrante el corazón, mas sin palabras". Entre espíritus de tan fina calidad, el dolor de amor y desamor se multiplica. Y crece, en su inhumada mudez, la complejidad de los sentimientos. Por aquellos mismos días, nos dice Gide: "Siento que la amo más que nunca y sufro abominablemente de no poder decírselo; esta actitud que ella me impone, esta máscara de indiferencia que me obliga a llevar, le parecen ciertamente más sinceras que lo que sólo podría yo balbucear. Tal es su actitud; y no me reco-

nozcó el derecho de turbar el reposo que en ella encuentra. Para asegurar este reposo, necesita creer que ya no la amo, que nunca la quise mucho, es solamente así, sin duda, como logra mantenerse con respecto a mí en una especie de apatía". Un año más tarde, la tragedia sigue el mismo diapasón: "Ella no cree ya en mi amor y nada quiere saber de mi corazón. Para mejor apartarse de mí, necesita creer en mi indiferencia. Due-

do de que nunca la haya amado más que ahora, y abomino de mí mismo por haberla hecho sufrir; por tener que hacerla sufrir todavía más. Ya nada me importa; a veces me siento tan distante de todo, que me parece estar ya muerto. Al concluir el "Diario Intimo", muerta ya Magdalena, Gide escribe: "Desde que ella se fue, apenas he simulado vivir, sin poner ya interés en nada ni en mí mismo; sin apetito, sin gusto, ni curiosi-

dad, ni deseo, y en un desencantado universo; sin más esperanza que la de salir de él". Tales son los hechos los personajes y los sentimientos de uno de los más pungentes y complejos dramas vivos de que haya quedado testimonio autobiográfico en la literatura universal. Investigar esos hechos, calificar a esos personajes, analizar esos sentimientos es más ardua tarea.

Buenos Aires, diciembre de 1951.



Conozca su Verdadero Carácter

He aquí 20 reflexiones, opiniones y consejos, que sometemos a la consideración de ustedes. ¿Qué piensa Ud. de ello? Si está de acuerdo anota 2; 0, si opina lo contrario y, 1 si no está ni en pro ni en contra.

Absténgase de leer la interpretación de los totales antes de haber establecido el suyo.

- 1.—¿Los hombres deben leer menos y vivir más, porque los libros alejan mucho de la realidad?
- 2.—¿La radio no se debe escuchar, sino discretamente?
- 3.—¿Debe ser el camarero quien elija nuestros platos y vino, o debemos elegirlos nosotros mismos?
- 4.—¿Tiene muchas ventajas llevar entre varios una empresa?
- 5.—¿Qué horror las suelas de goma!
- 6.—Si fuese posible, ¿deberías cambiar el mobiliario cada poco tiempo?
- 7.—¿Es preferible ir a Europa en avión que en barco?
- 8.—Si hay que elegir ¿es mejor ir al teatro que a un concierto?
- 9.—Un buen consejo: adquieran un automóvil en vez de gastar su dinero en comprar cuadros.
- 10.—¿Se debe contestar sin dilación a las cartas que recibimos?
- 11.—¿Conviene evitar el trato con los hombres taciturnos?
- 12.—Ser gerente de un gran hotel, ¿es un oficio envidiable?
- 13.—¿Se soporta mejor ser sordo que ciego?
- 14.—¿Ser diputado es una finalidad que merece los sacrificios que se hagan?
- 15.—¿Produce inquietud tener la puerta abierta?
- 16.—Aunque no se trate más que de pequeñas cantidades conviene apremiar al deudor recalcitrante?
- 17.—Un empleo por tiempo limitado ¿vale poca cosa?
- 18.—¿Más vale hablar uno mismo que escuchar a los demás?
- 19.—La música de Wagner ¿es emotiva en alto grado?
- 20.—¿Resulta muy agradable dar conferencias ante públicos numerosos?

(Véase Pág. 30)

América
TIT. 117303

LUNA PLENA

Por ERNESTO J. NICOLAU

Estaba soñando frente al mar, bañado por la luna.

Sentía la tristeza infinita de las almas tristes, atormentadas por el dolor.

El destino cruel, pocos días ha, había arrancado el tronco frondoso del hogar, dejando tras sí una estela de amarguras en mi pecho, abatido el espíritu y adolorido el corazón.

Y seguí soñando.

La bahía, frente a mi balcón, semeja una enorme herradura con clavos de luz;

El mar, llena todas sus orillas; a lo lejos, las luces de las casas y las de la Avenida Balboa, reproducen maravillosamente la visión ilusoria de un pesebre en noche de navidad;

y, sobre el mar, las danzarinas lucecillas de las barcas ancladas, bailan caprichosas sobre el piso fulgente de plata martillada.

Me ví en un templo sagrado, en penumbra, y todos los feligreses que allí estaban, me miraron con cariño y con afecto, eran fieles de un rito legendario cuya práctica fortalece el espíritu y le brinda fuerzas al corazón humano para poder sufrir con valor, la transmutación del ser querido, en materia inerte, fría, en sombra pálida que se extingue en lo desconocido.

En el altar de ese templo "oficiaba un Sacerdote: El Color".

Y en las sombrías bóvedas claustrales, respondiendo al llamado angustiado, resplandecía mi amistad sincera, noble y leal, restañando heridas que el sufrimiento abría sin piedad en los corazones de aquellos buenos amigos; nada que no fuera sublime podía entrar allí; en ese santuario, nada podía profanar la pureza de la hora solemne que se aproximaba inexorable, liquidando el destino de una existencia que fué abnegación, virtud y sacrificios para los suyos y ejemplo para sus amistades.

Y así lo sentí.

Luego, llegaste tú, a quien veía por primera vez.

Quedamos mutuamente sorprendidos; sentimos un choque raro;

brote de simpatía mutua, espontánea. Tal vez, amor a primera vista, como suelen decir algunos, en trances similares, mas, el que lo ha sentido hondo como yo, afirma que es fuerza divina, mandato imperativo de Dios.

Trémula ante mí, por tus ojos se escaparon torrentes de cosas imprecisas; tembló tu cuerpo y doblando tu cabeza con temor, con recato, musitaron tus labios un poema de ternura y terminaste con esta mística expresión: "AY! Dios mío!"

Tus palabras llegaron a mis oídos como una caricia suave de pétalos frescos y levantaron mi pecho arrancándole al corazón emocionado un suspiro muy hondo; y tan cerca de mí, desconocida hasta hace un instante, pero presentida por mi fantasía, me abriste las puertas de una vida nueva, brillante; y vislumbré un vasto campo de esperanzas realizables. Senti, de pronto, que el destino amarraba tu existencia a la mía; y me encontré atraído con fuerzas,

por tu juvenil hermosura, por tu cuerpo de Venus, de morbideces esculturales, por tu sencillo aspecto de niña dulce y buena...

Sin embargo, algo desconocido, posiblemente injustificado, quizá la misma solemnidad del momento, me obligó a ahuyentarme de tí. Una voz oculta, poderosa, imponía silencio a mi pasión y me venció. Fue un triunfo transitorio.

Nuestros ojos siguieron encontrándose y de lejos o de cerca nuestras dos almas se besaban; imperceptibles movimientos de tus labios me enviaban caricias de amor... y te perdías en la noche.

Y continué soñando.

Febrero comenzaba a rasgar los pétalos de su calendario.

Violando la bruma de la noche, un enorme globo de luz surgió en el horizonte marino;

La luna llena apareció lentamente;

subía la comba del firmamento plétórico de azul en su eterna trayectoria de ensueños, regando una



cascada de plata diluida sobre el piélago ondulante del mar que, cual bruñido espejo, regresaba sus caricias devolviendo al cielo suaves y trémulos lampos de luz.

Estabas lejos de mí y te presentía.

Sentía que te acercaban a mí, niña dulce, virginal criatura radiante de juventud, trayendo a mi aterido pecho, la suave esperanza de la felicidad;

Sentía que te acercabas más, que ya estaba próxima a mi puerta...

Y de pronto, como obedeciendo al embrujo de la noche y de la luna, como si fuera lo mismo que una aparición sobrenatural, irreal, surgió, ante mí, la realidad física de tu esplendorosa hermosura. Te acercaste raudamente... y de la mano te atraje hasta mi balcón.

El corazón me daba vuelcos precipitados; la emoción sufrida crecía tanto, que sentí, casi con espanto, los espasmos de la paralización.

Sinceramente impresionada, reclinaste amorosa la cabeza sobre mi pecho, y, arropados los dos por la luz lunar, en la serenidad de la noche, en el silencio augusto de la soledad, colocando suavemente tu mano derecha sobre mi corazón, me dijiste:

—Parece que desea volar. Sabía que me querías pero no me imaginaba que fuese tan grande tu amor por mí. Pero yo calma-
ré tu exaltación justificada. Por eso he venido a tí de tan lejos; he venido a tí porque sentía tu amor que me llamaba sin cesar; he venido para amarte y porque no podía pasar más tiempo sin verte, sin estar cerca de tí, sin sentirte; he venido porque sé que sufres por mí causa y quiero calmar tus sufrimientos con el bálsamo de mi cariño y mis caricias; y he venido, también, porque mi vida necesita de tus ternuras que adivino nobles y sinceras, vivificantes y dulces, porque quiero saciar en la fuerte inagotable de tus ternuras, esta sed de amor atormentado que me domina, desde aquella vez primera en que por tus ojos vi la grandeza de tu alma. Me haces tanta falta, tanta, que sentía cómo las fuerzas de resistencia que hay en toda mujer joven, poseída de su hermosura, se quebraron ante la poderosa atracción que ejerces sobre mí, y la orgullosa e ingénita

vanidad femenina, declinó ante lo irremediable. Aquí me tienes para amarte y para que me ames.

Inmediatamente, junto tus delicadas manos en actitud rezar, exclamaste, con éxtasis casi místico: ¡Dios Mío! Cómo sucedió esto? Cómo pudo ser así?

Tu rostro reflejaba tanta sinceridad, tanta dulzura, al hablar, que escuchándote, mi corazón fué calmándose lentamente. El bálsamo de tus palabras resultó eficaz. Y luego, nuestros cuerpos se juntaron en un abrazo tierno; y nuestras bocas, atraídas por idéntico deseo, se unieron en un beso fuerte y largo.

El destino, allí mismo, desde ese instante, marcó a nuestras dos vidas un mismo camino.

La luna siguió subiendo; subió tanto que llegó a la mitad de su carrera y la avanzada hora de la noche impuso la separación.

"Trigueña tu eres mi sueño dorado,
mi sueño querido, de paz e ilusión;
más hoy solo vivo de pena abrumado.
al ver como sufre por tí el corazón.

Mi vida te ofrezco, sin igual trigueña,
y hacer de ella puedes una canción de amor;
por eso tú eres, gloria panameña,
la rosa encantada y yo tu cantor".

—Mañana, bien mío, con los primeros rayos de la luna volveré.

—Espérame, amor mío! Adiós!

—Te esperaré, Reinita querida, Adiós!

Y partiste rápidamente, casi áurea, igual como llegaste.

Al desaparecer tu cuerpo, un mundo de tinieblas imperó en torno mío. La soledad llenó de tristezas mi alma y "al ver que solo soy feliz soñando, para seguir gozando me dormí".

La aurora del nuevo día me trajo, con la pomposa maravilla de sus celajes bellos, inimitables, la sensación exacta de la felicidad conquistada.

El mundo que se abría a mi vista, me sonreía con dulzura.

Transcurrió veloz el día, como una loca fantasía de amor...

Y llegó la noche, fresca, sugerente; y, con ella, tú.

Brisa suave nos trajo olores caprichosos de sales marinas...

Allá, en la lejanía, surgió la luna; su cresta encendida de rojizo fuego violaba la virginidad nocturnal; sonreía a nuestros cuerpos siempre juntos como dos cla-

veles de la misma rama... y su sonrisa nos parecía una mueca picaresca...

El enorme globo de luz llenó el firmamento con el prestigio de su belleza; eclipsando a las estrellas, antes refulgentes en los espacios siderales, subió serenamente como una reina posesionada de su gloria inmortal y dominó el cielo, y las almas y los montes y el mar.

La bahía, continuó siendo lo mismo: una enorme herradura con clavos de luz, cuyo centro marino llena un enjambre de luciérnagas bellas.

La noche toda, con su luminaria argentada, invita a la contemplación romántica de un amor sentimental.

Una barca se desliza silenciosamente frente al balcón;

van en ella una pareja de amantes que enamorados cantan la alegría de la vida, en armonioso dúo:

La tonada sentimental rasgaba el silencio de la noche blanca.

—Has oído amor mío? Interrogaste muy quedo.

—Sí, completamente, Reinita querida. Qué hermosa, te dije, y qué bella es la vida para esos seres, que hoy se sienten alejados de las rudas realidades de la existencia, de la cotidiana lucha; que unidos por el amor se entregan por entero a los placeres que la naturaleza les brinda generosa, y ellos le sacan a la ilusión fugaz, la mayor suma de felicidad, que, aunque efímera y tornadiza, es felicidad al fin porque en esos momentos sus dos almas y sus corazones se unen triunfalmente en un estridente himno de amor.

Y así como ellos, nosotros dos, formamos una comunión de afectos y ternuras.

En esos instantes, la luna plena proyectaba en el balcón la sombra de nuestros cuerpos enlazados por amoroso abrazo y

"La luna llena,
 Por los cielos azulosos, infinitos
 y profundos,
 Esparcía su luz blanca.
 Y tu sombra,
 Esbelta y ágil,
 Fina y lánguida,
 Y mi sombra,
 Por los rayos de la luna
 proyectadas,
 Sobre las arenas tristes
 De las sendas se juntaban,
 Y eran una,
 Y eran una,
 Y eran una sola sombra larga,

El contagio emotivo reinó en el ambiente, y emulando el espíritu de la poesía, sentimos igual deseo, ardoroso y frenético; y, entonces, nuestros cuerpos se fundieron sólidamente en un ardoroso abrazo, y el supremo bien nos ligó lo mismo como ya había ligado nuestras almas...

La silente luna proseguía su curso luminoso.

En el tranquilo ambiente nuestras bocas se juntaron con delirante entusiasmo... sólo ofanse la respiración alterada por la emoción y el rumor de los besos y la gloria de la vida vibró soberana en brazos del amor triunfal.

—Me amas bien mío? —Susurraste a mi oído como una caricia.

—No sólo te amor. Te adoro, Reinita querida!

Y añadí. Serás para mí la eterna compañera. Ya nadie te arrancará de mi lado! Ni la misma muerte podrá privarme de tu encantadora compañía, que es para mí la misma vida, porque me iría con ella y contigo hasta la eternidad.

—Tuya seré, y nadie podrá, mi bien, interponerse entre los dos, porque nadie puede oponerse a mi destino y Dios, en sus inescrutables designios, ya me ha destinado para tí.

Gracias, Reinita querida. Muchas gracias.

Confortado el corazón, el espíritu quieto, los dos juntos, siempre juntos, en la soledad.

La luna subía, llenando con su luz la inmensidad del cielo.

Y todo parecía que nuestro amor, en una sucesión de noches ideales, entraba a la inmortalidad.

Y continué soñando.

De repente, las tinieblas borron la luz y no te ví más.

El negro manto de la noche cubrió el cielo y un pesado silencio, largo como la eternidad, reinó en el mundo.

Un enorme nigromántico, con gorro de payaso, cuyos pies se perdían en el horizonte y su gorro de punta interminable se diluía en las nubes, imitación grotesca de la Victoria de Samotracia, portaba un lanza llamas por donde disparaba al infinito globos luminosos como la luna: una, dos, diez, cien, mil.

Un nuevo mundo!

Me encontré deambulando por los Cerros de Ubeda, la casa de Orates, entre furias y brujas locas. En los infiernos, crucé la Laguna Estigia en la barca de Caronte; escuchaba los ladridos del terrible Can Cervero y como no veía a Dante, ni a Virgilio, ni a una alma buena con quien investigar tu paradero, me escurrí rápido cabalgando tembloroso en el dombo de una nube relámpago, animado del deseo de encontrarte en otras regiones más felices, pero nada...

En mi cansado peregrinaje, llegué a un país desconocido. Un anciano sepulturero interceptó mi camino.

—No la busques más, me dijo.

"Pensaba en tí... For diáfanas escalas
 voló mi pensamiento a visitarte;
 yo sólo sé que le nacieron alas
 porque todo es posible para amarte..."

Cercano, el mar... Su vago miserere
 se extinguía cual música de violas;
 se exhala así la juventud que muere
 junto a vaivén de estrellas... en las olas!

Hora azul de ilusión! Luna de plata,
 índice no resuelto de preguntas,
 puñal de luz y de cantar que mata
 de cuerpo ausente y con las almas juntas...

Distante estabas tú! Pero, qué importa
 el horizonte, el cielo y el mar mismo?
 La inmensidad para encontrarte es corta
 y tu recuerdo es el más hondo abismo.

Soñar contigo, sin que nada pueda
 amilanarme tras tu huella loca;
 poblar con tu visión la noche queda
 y donde bese deshojar tu boca...

Pensaba en tí... Sobre el balcón... reflejos..
 la mueca de la luna por testigo:
 la soledad para pensarte lejos!
 la noche azul... para soñar contigo!"

Tu amada yace por muchos siglos en esta fosa. Y me indicó una. Ha pasado mucho tiempo desde aquella noche de luna llena en la que ella y tú formaron un idilio sublimes y era toda tuya... pero luego, débil de corazón, y empujada por la incompreensión humana, te abandonó sacrificándote a su tranquilidad personal, sumiéndote en ese dolor negro que hoy te abruma, tan negro como esa noche negra que enlutó a aquella luna llena testigo complaciente de tus sueños de amor y de esperanza. Ella, pues, está aquí feliz sin tí, y espera no vuelvas a perturbar su espíritu angelical con tus absurdas pretensiones.

Un grito de angustia, igual que un trueno, salió de mi pecho. Me abracé a la tumba dispuesto a destaparla y no te encontré ahí.

Un torbellino de pasiones y sentimientos encontrados arrastró mi pensamiento hasta volverme a la realidad de la vida; y desperté solo, aferrado a mi balcón, frente a la bahía cuyas luces remedan una enorme herradura con clavos de luz. La luna seguía su curso, y los montes, el cielo y el mar, eran los mismos. Pero mi alma no.

Y para aliviar la pena que oprimía mi sensible corazón, atormentado bajo el peso de la terrible pesadilla, recité:

DE LIBROS **LA RAZON DE MI VIDA**

DE EVA PERON

El dolor de los humildes

Me quedó pendiente del capítulo anterior una invitación que vengo a cumplir en éste: como a los visitantes de mis obras de ayuda social quiero ahora ir haciendo conocer a mis lectores un poco del dolor y del amor de mi pueblo.

Un poco del dolor, primero.

Aquí también, como en todo el mundo, la injusticia social de muchos años ha dejado en todos los rincones del país dolorosos recuerdos de su paso.

Cuando Perón tomó la bandera de la justicia social, los argentinos sumergidos eran infinitamente más que los pocos privilegiados que emergían.

Pocos ricos y muchos pobres.

El trigo de nuestra tierra, por ejemplo, servía para saciar el hambre de muchos "privilegiados también" en tierras extrañas; y los "peones" que sembraban y cosechaban aquí ese trigo no tenían pan para sus hijos.

Lo mismo sucedía con todos los demás bienes: la carne, las frutas, la leche.

Nuestra riqueza era una vieja mentira para los hijos de esta tierra.

Cien años así fueron sembrando de pobreza y de miseria los cam-

pos y las ciudades argentinas.

Recuerdo haber mencionado en uno de mis primeros capítulos el espectáculo de miseria que rodeaba a nuestra gran capital cuando me fué dado verla por primera vez.

Después de cinco años de lucha intensa en el gobierno y con todo el esfuerzo de la ayuda social puesta en marcha intensamente, todavía el cuadro no ha desaparecido del todo, aunque va quedando muy poco de él, como para triste recuerdo de la Argentina que encontró Perón.

Para cuando incluso ese recuerdo desaparezca, yo quiero describir un poco el paisaje, pero no por fuera como un pintor sino por dentro, tal como yo lo he visto. Tal, como yo lo he sufrido, viéndolo!

Para ver la pobreza y la miseria no basta con asomarse y mirarla. La pobreza y la miseria no se dejan ver así tan fácilmente en toda la magnitud de su dolor porque necesidad el hombre y más todavía aun en la más triste situación de la mujer saben ingeniárselas para disimular, un poco al menos, su propio espectáculo.



Por eso cuando los ricos se acercan a esas colmenas de arquitectura baja que son los barrios pobres con que las grandes ciudades se derraman en el campo por lo general, no ven bien.

Un poco es la subconsciencia culpable que no los quiere dejar ver bien y a fondo la realidad total.

Y otro poco es por aquello que dije de la misma pobreza que se esconde.

Los desprevénidos visitantes que

pasean por allí verán ranchos de paja y barro, casillas de latón, algunas macetas de flores y algunas plantas, oirán algún canto más o menos alegre, el bullicio de los chicos jugando en los baldíos... y acaso se les ocurrirá pensar que todo eso es poético y tal vez romántico.

Por lo menos frecuentemente he oído decir que se trata de barrios "pintorescos".

Y esto me ha parecido la expresión más sórdida y perversa del egoísmo "pintoresco".

Pintoresco es para ellos que hombres y mujeres, ancianos y niños, familias enteras deban habitar unas viviendas peores que los sepulcros de cualquier rico, medianamente rico!

Ellos no ven jamás, por ejemplo, qué ocurre allí cuando llega la noche.

Allí donde cuando hay cama no suele haber colchones, o viceversa: o donde simplemente hay una sola cama para todos...! y todos suelen ser siete u ocho o más personas: padres, hijos, abuelos!

Los pisos de los ranchos, casillas y conventillos suelen ser de tierra limpia.

Por los techos suelen filtrarse la lluvia y el frío...! No solamente la luz de las estrellas, que esto sería lo poético y lo romántico!

Allí nacen los hijos y con ellos se agrega la familia un problema que empieza a crecer.

Los ricos todavía creen que cada hijo trae, según un viejo proverbio, su pan debajo del brazo; y que donde comen tres bocas hay también para cuatro. Cómo se ve que nunca han visto de cerca a la pobreza!

Y todo eso todavía es felicidad cuando nadie en la familia está enfermo; que cuando esto ocurre el calvario llega a los más amargos extremos.

Entonces la angustia de los padres, si el enfermo es un hijo, por ejemplo, no tiene límites.

Yo los he visto andar por las calles, cargando con el hijo en los brazos, buscando médico, farmacia, hospital, cualquier cosa por que ni los servicios de la asistencia pública se atrevían a meterse en esos laberintos de covachas que son los barrios "pintorescos".

Yo también los he visto volver

a casa con el hijo muerto entre los brazos para dejar allí sobre una mesa y salir luego a buscar un ataúd como antes buscaron médico y remedios: desesperadamente.

Los ricos suelen decir:

—No tienen sensibilidad. No ven que ni siquiera lloran cuando se les muere un hijo?

Y no se dan cuenta que tal vez ellos, los ricos, los que todo lo tienen, les han quitado a los pobres hasta el derecho de llorar.

No...! Yo no podré evidentemente describir lo que es la vida en cualquiera de esos barrios "pintorescos".

Y me resigno a desistir de mi intento.

Pero una cosa quiero repetir aquí, antes de seguir adelante.

Es mentira de los ricos eso de que los pobres no tienen sensibilidad.

Yo he oído muchas veces en boca de "gente bien" como ellos suelen llamarse a sí mismos, cosas como éstas:

"No se aflija tanto por sus "des-camisados". Esa "clase de gente" no tienen sensibilidad.

No se dan cuenta de lo que les pasa. Y tal vez no convenga del todo que se den cuenta!

Yo no encuentro ningún argu-

mento razonable para refutar esa mentira injusta.

No puedo hacer otra cosa que decirles:

—Es mentira. Mentira que inventaron ustedes los ricos para quedarse tranquilos. Pero es mentira!

Si me preguntasen por qué, yo tendría solamente algo que decirles, muy poca cosa. Sería esto:

—Yo he visto llorar a los humildes y no de dolor, que de dolor lloran hasta los animales! Yo los he visto llorar por agradecimiento!

Y por agradecimiento, por agradecimiento sí que no saben llorar los ricos!



INTERPRETACION DEL PSICOTEST

Menos de 15 puntos. No le importa a usted tanto "figurar" ante los demás que ser "usted mismo". Su actitud, en general, es sencilla, sin afectación. Le gusta, sin duda, el trato con las demás personas, porque no es un misántropo; pero, en el fondo, el barullo del mundo no le agrada. Como usted crea alrededor suyo una atmósfera de bondad y calma es apreciado por las personas que le tratan. "A cada cual sus gustos" es una frase que resume su filosofía. Acepta usted fácilmente las sugerencias de otros y se deja convencer más por indiferencia que por otra cosa. Este es el punto más débil de su carácter. Para no molestarse en discusiones, se somete usted muy pronto a las personalidades enérgicas.

Si no ha pasado de los 8 puntos, su falta de energía supone también pereza y hasta un poco de cobardía. Tanto en un caso como en otro, le favorecería algo capaz de "ponerle en movimiento".

DE 16 a 25 puntos. Usted no es de los que aspiran a "vivir peligrosamente", como diría Nietzsche, pero sabe aprovechar los placeres de la vida. Según usted, la prudencia es la madre de la sabiduría. No pretenderá, pues, nada que esté por encima de sus posibilidades y seguirá siempre un plan bien establecido de antemano. Las malas lenguas dirán que usted, a pesar de sus proyectos ambiciosos y de alguna que otra idea original, es un hombre mediocre. Esto no le importa a usted, desde luego; lo que le interesa es estar siempre a cubierto de las vicisitudes de la fortuna.

De 26 a 40 puntos. ¡Qué carácter más independiente! A veces da usted la impresión de ser duro. Asumir responsabilidades lo considera un deber. Es un buen director, pero un mal empleado. En los negocios destaca sobre todo por la energía, la impulsividad y su espíritu emprendedor. Es una actitud que llega algunas veces hasta la audacia... o la impertinencia. En sociedad, gusta de respetar los sentimientos de los demás, pero no se priva de criticarlos. No se entrega más que a aquellas tareas en las que lleva la iniciativa, sino las abandona con indiferencia o desprecio. Le gusta influir sobre los otros, pero no que nadie le convenza.

40 puntos o más. Cuando la voluntad no basta, la reemplaza usted por la obstinación. Esta actitud que es excusable en los niños y en los adolescentes, en los adultos revela siempre falta de madurez.

¿ESTA

USTED

ENAMORADO?

Por EDOUARD WOODHEAD

(De Lu et vu, París)

ESTA usted realmente enamorado? Quiere examinar las cualidades y los defectos de las dos o tres muchachas que tiene usted en perspectiva para compartir su nombre, su hogar y su fortuna?

Escuchemos la voz de la razón el tiempo indispensable para responder a algunas preguntas. Las que yo someto a su examen deben ser discutidas sólo por usted y sobre todo cuando aquella en quien piensa no esté a su lado, pues podría influir en sus contestaciones.

En interés de su futura felicidad, examine sinceramente y con toda franqueza las preguntas expuestas. Si está muy enamorado piense un rato antes de anotar los puntos.

Sobre todo, no proporcione a su amada el beneficio de la duda: "En la duda abstente", se dice. En la duda, marquemos cero. Es preferible elevar la puntuación más tarde que tener que bajarla.

No responda negativamente a las preguntas. Al marcar los puntos, no dé a una cualidad un número mayor de puntos del merecido, aunque la elegida lo posea en alto grado.

La cualidad más importante que nosotros exigimos de la compañera para toda la vida es la camaradería. Sobre el total de 500 puntos que atribuimos al examen completo, reservamos 105 a la camaradería, subdividida en varias subcualidades. El porcentaje que atribuimos a cada una de esas subdivisiones es en función de la importancia que concedemos a dichas cualidades, pero si alguna de las que nosotros juzgamos de primera importancia no concuerda con las que usted considera primordiales, no dude en cambiar el porcentaje.

En el capítulo Camaradería se pueden examinar primero dos cualidades. Vuestra futura, ¿es "previsora" y de "buena compañía"?

¿Toma en consideración vuestros deseos tanto como los suyos propios? ¿Hace ella agradables todos los momentos pasados a su lado?

A cada una de estas cualidades se le darán de 1 a 12 puntos.

¿Es de "buena compañía"? No se trata de que lo sea con usted solamente. ¡Atención! ¡Escuche usted su conciencia en lugar de su corazón! No basta con que sea agradable cuando está usted presente, sino que lo sea para todo el mundo.

Y ahora, aún dentro de la columna "camaradería", veamos la "generosidad". Esto no es tan importante como las otras dos cualidades citadas y además forma hasta cierto punto parte de la "previsión". Se le conceden 10 puntos.

A la "lealtad" le acordaremos 10 puntos, pero si usted cree que es más importante, déle más.

El "encanto", la "indulgencia" y la "tolerancia" vienen después, con 8 puntos cada una. El sentimiento de "justicia" 7 puntos.

En seguida vienen, con 5 puntos cada una, la "facultad de poner un poco de su parte", y la "jovialidad". Luego, la "iniciativa" con 4 puntos. La iniciativa requiere que nos deje tomar todas las decisiones, pero es menos importante que la facultad de aceptar vuestro punto de vista.

* * *

He aquí la Inteligencia, a la que acordamos 90 puntos. A la cabeza de esta columna viene el "tacto", cualidad que podría calificarse dentro de la camaradería, pero como yo la considero sobre todo como una cualidad del espíritu, la clasifico aquí y le adjudico 18 puntos. Luego viene el "talento", con 12 puntos, y en seguida la "lectura" que para mí merece 10 puntos. El "espíritu de análisis", desde el punto de vista artístico, vale igualmente 10 puntos, pues si a ella le gustan cosas distintas de las que a mí me placen, me gusta que sea capaz de defender su punto de vista. Muchos hombres desechan esta cualidad creyendo que está comprendida en las cualidades siguientes, la "lógica" y el "gusto", avaluadas en 9 puntos cada una.

A la Instrucción se le adjudican 7 puntos. Y permitidme que os haga remarcar que demasiada instrucción (en comparación con la



vuestra) es tan desagradable como demasiado poca.

El trío "música", "pintura" y "juegos" vale 5 puntos cada una.

Luego, el Carácter. No le concedemos más que 89 puntos, porque fatalmente está influenciado por la inteligencia (y viceversa).

La "bondad" recibe 20 puntos. La "afección" 15. El "gusto por las cosas del hogar" vale 10 puntos si cree usted que es demasiado poco, aumente el porcentaje.

El concepto de "igualdad" vale 8 puntos. Otro tanto se le adjudica a la "simpatía para los demás" y a la "amistad". La "humildad" vale 7 puntos. (¡Después de todo, hace falta que por lo menos pueda simular que os admira!)

La "educación" puede incluirse en los otros capítulos. Yo le concedería, sin embargo, 45 puntos. De estos 45, 10 corresponden a la "familia", 20 al "encanto" y a las buenas maneras", y 15 a las "costumbres de mundo" de la muchacha que usted considere, que deben ser iguales a las suyas.

* * *

En lo que respecta a la religión, y en caso de pertenecer a alguna minoría religiosa, fije usted mismo una cifra, que deberá en ese caso ser superior a los 5 puntos que yo le doy.

Si quiere contar la "belleza", póngale 45 puntos. El "gusto" me-

rece 10 puntos; la "silueta" 8; la "cara", las "piernas" y el "talle" no deben tener más de 5 puntos cada una. Al "maquillaje" yo le doy 6 puntos. El "cabello" puede llegar a merecer 3 puntos en caso de ser bonito.

La salud sigue con 45 puntos, de los cuales 10 están reservados a la "herencia". Una "buena salud" vale 20 puntos.

En caso de que le guste a usted el "baile" contará con 20 puntos.

La conversación es una consecuencia de la inteligencia y la camaradería. Pero, de todas maneras le quedarían unos 30 puntos, que me gusta distribuir como sigue: a la cabeza la "sutileza".

¿Puede ella decir en un salón lleno de gente, algo que usted sólo comprenda? Es una especie de entendimiento silencioso. Eso vale 10 puntos. La "discreción" es casi de la misma importancia: 8 puntos. El silencio vale por lo menos 7 puntos, y si posee espiritualidad, yo le añadiría 5 más.

¿Le gustan a ella las mismas distracciones que a usted? 20 puntos.

* * *

A continuación vienen las deducciones que debe hacer de acuerdo con los defectos que usted le nota:

Si es gruñona y egoísta, retire 50 puntos del total por cada uno de esos defectos.

Si siente la necesidad constante de daros su opinión o consejos, retire 40 puntos.

Se puede tolerar en una mujer cierta pereza, pero si es holgazana, quite 30 puntos.

Una vanidad excesiva le quitará 25 puntos. La falta de cuidado consigo misma 15 puntos.

Si es envidiosa o tiene mala lengua retírese 10 puntos por cada defecto. Son irritantes en una persona con la que se va a vivir.

Si es ordenada a tal extremo que su marido no encuentra después las cosas, quitele 10 puntos.

Si le disgusta a usted que fume le puede retirar 5 puntos.

Así, observando la tabla de esta manera obtenida, puede usted tener una idea general de su prometida.

400 puntos. Podrá pasar el examen.

La generalidad de las muchachas reunirán entre 300 y 350. ¡Sirve para amiga, pero nada más!

Entre 300 y 400 puntos, frecuentela y pruebe a ver si puede aumentar el total.

Por encima de 400 puede usted pensar en casarse con ella.

Entre 470 y 485, descuelgue usted el teléfono, dígame que anule todas sus citas pues van a casarse inmediatamente. ¡Si acepta!

Si tiene un total de más de 485 puntos, olvídelas... ¡Está casada!

HORA DE ESTRELLAS

*El silencio redondo de la noche
sobre el pentagrama
del infinito.*

*Yo me salgo desnudo a la calle,
maduro de versos
perdidos.*

*Lo negro, acribillado
por el canto del grillo,
tiene ese fuego fatuo,
muerto,
del sonido.*

*Esa luz musical
que percibe el espíritu.*

*Los esqueletos de mil mariposas
duermen en mi recinto.*

*Hay una juventud de brisas locas
sobre el río.*

Federico GARCIA LORCA

El Lorca andaluz — andaluz y gitano, sol y sangre — no es todo el poeta. Hay otro Lorca también: sensual siempre, pero de una sensualidad menos impetuosa y más refinada — lo que no quiere decir más pura. Y no caigamos en la tentación de establecer comparaciones; el poeta, pese a todo, es siempre idéntico a sí mismo.

NUMEROS FAVORECIDOS POR LA SUERTE

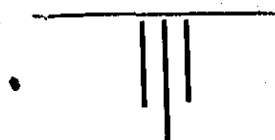
25 DE FEBRERO DE 1951 AL 17 DE

FEBRERO DE 1952

FECHA:		SORTEO:	PRIMERO	SEGUNDO:	TERCERO:
FEBRERO, 1951	25	1668	4819	8801	1322
MARZO	4	1669	2649	1738	9887
"	11	1670	7201	6655	2139
"	18	1671	6420	1628	6338
"	25	1672	8312	6939	3377
ABRIL	1	1673	5367	9822	7977
"	8	1674	2546	0270	8531
"	15	1675	8182	9955	6201
"	22	1676	3988	2253	3671
"	29	1677	7913	1467	7757
MAYO	6	1678	0758	4802	6911
"	13	1679	1628	5472	7397
"	20	1680	3907	8669	7508
"	27	1681	2856	2277	9916
JUNIO	3	1682	8824	3786	9813
"	10	1683	7646	5402	5866
"	17	1684	0352	8927	8690
"	24	1685	0051	0360	5555
JULIO	1	1686	7145	7691	1244
"	8	1687	4677	9761	4459
"	15	1688	3915	3794	5431
"	22	1689	5343	9950	7052
"	29	1690	6480	6497	4074
AGOSTO	5	1691	5460	7511	1813
"	12	1692	1582	1719	1882
"	19	1693	8090	5024	4691
"	26	1694	4034	7895	8333
SEPTIEMBRE	2	1695	6668	4637	3596
"	9	1696	8230	9869	8439
"	16	1697	4942	6462	4037
"	23	1698	6232	2708	0521
"	30	1699	3933	1966	4221
OCTUBRE	7	1700	5532	5733	4467
"	14	1701	8401	9814	8346
"	21	1702	3310	8719	8675
"	28	1703	7364	5558	3627
NOVIEMBRE	4	1704	6083	9952	9102
"	11	1705	2789	6320	8648
"	18	1706	9747	7382	1974
"	25	1707	1285	2875	3224
DICIEMBRE	2	1708	5987	3660	0548
"	9	1709	1501	6310	0719
"	16	1710	8701	4671	6793
"	23	1711	9030	5851	3726
"	30	1712	5415	8876	7502
ENERO, 1952	6	1713	6400	3886	1824
"	13	1714	9612	5244	7427
"	20	1715	2860	8683	5985
"	27	1716	6532	1959	6665
FEBRERO	3	1717	3021	1370	8970
"	10	1718	6761	8522	6449
"	17	1719	1678	9426	1845

THE STAR & HERALD Co.

(LA ESTRELLA DE PANAMA)



- LITOGRAFIA
- FOTOGRAFADO
- RELIEVE
- ENCUADERNACION
- PAPELERIA

▬▬▬ **EL MEJOR EQUIPO** ▬▬▬

Y EL MAS MODERNO DE HISPANO-AMERICA

PANAMA, R. de P.

Teléfono: 2-0900

Apartado: 159

Número 8

—

Calle Demetrio H. Brid

—

Número 8

*Análisis
7170. 1172.65*

Retornos de la Dulce Libertad

*Podías, cuando fuiste un marinero en tierra,
ser más libre que ahora,
yéndote alegremente,
desde las amarradas comarcas encendidas
en tu recién nacido soñador, por los profundos
valles de huertos submarinos, por las verdes
laderas de delfines, sumergidos senderos
que iban a dar a rubias sirenas deseadas.*

*Podías, bien podías entonces, bien podías,
sin lágrimas inútiles, sin impuestas congojas,
viajar, llenos de viento los labios, con un golpe
de abierta luz en medio del corazón, bien alta
la valerosa vida cayendo de tu frente.
¿En dónde las fronteras entonces, ese miedo,
ese horror a los límites,
ese cerco que escuchas avanzar en la noche
como un triste mandato que ha de cumplirse al alba?*

*Libertad, dulce mía,
por muy niña que fueses,
por más chicos que fueran tus tiernos pasos, dime,
contéstame si aún tus pequeños oídos
me conocen: ¿No intentas, fugitiva y cantando,
retornarme a tus libres comarcas venturosas?
¿Quién te encarcela, dime? Dí, ¿quién te pone grillos?
¿Quién te esposa las alas y quién, dime, cerrojos
clava en tu lengua y sombras pone sólo en tus ámbitos?*

*Libertad, no me dejes. Vuelve a mí, dura y dulce,
como fresca muchacha madurada en la pena.
Hoy mi brazo es más fuerte que el de ayer, y mi canto
encendido en el tuyo, puede abrir para siempre,
sobre los horizontes del mar, nuestra mañana.*

RAFAEL ALBERTI